

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

POESÍA

letras mexicanas

CENTRO CULTURAL DE LA GENERACIÓN DEL 27
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Poesía

Adolfo Sánchez Vázquez

Prólogo de *María Dolores Gutiérrez Nava*

Epílogo de *Adolfo Castañón*



Primera edición, 2005

Primera edición electrónica, 2013

D. R. © 2005, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-1340-0

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

Nota introductoria del autor

Prólogo, María Dolores Gutiérrez Navas

I. POESÍA EN VELA (1933-1936)

Romance de la ley de fugas

Siempre tu voz...

Número

Esta voz que nos convoca

El pulso ardiendo (1935-1936)

Soledad adentro (sonetos)

I. *Sordo rumor de mano transparente...*

II. *¡Oh, tronco adolescente, sin sabores...*

III. *Tu soledad empieza a estremecerme...*

IV. *Compadezco tu sangre en la espesura...*

V. *Entre las ramas del dolor que anudo...*

VI. *Si tu aliento se queda refrenando...*

VII. *¡Oh, corazón rodando sin esquinas...*

VIII. *No quiero que derrames tu lamento...*

IX. *Un solo pensamiento me detiene...*

X. *Tu corazón regresa de la muerte...*

Memoria de una noche de octubre

Sonarán a silencio

Entrada a la agonía

1. *¿Quién apagó tu corazón temprano...*
2. *Tanto crimen sacude mi desvelo...*
3. *Un contorno desnudo me estremece...*

Entre ser o no ser

Entrada a la esperanza

Promesa

Elegía asturiana

II. POESÍA EN GUERRA (1936-1938)

Proclama

El fugitivo

Romance de moros

Romance de la muerte del camarada “Metralla”

Romance de la defensa de Málaga

Al héroe caído

Miliciano muerto

Tres canciones del Ebro

Guerrillero en la noche

III. POESÍA EN EXILIO (1940-1954)

Elegía a una tarde de julio

Maternidad

La paloma de Picasso

Afirmación de amor

A León Felipe (en su 70 cumpleaños)

Sonetos del destierro (1951-1952)

1. El desterrado
2. Tierra de dolor
3. Sentencia
4. Reloj del alma
5. El poeta pregunta
6. Nostalgia
7. Yo sé esperar
8. A uno que vuelve
9. Desterrado muerto
10. Miseria de una poesía
11. Impasible Naturaleza
12. La tierra que pisamos
13. Ser un río de amor que se derrama
14. Al dolor del destierro condenados

Epílogo, Adolfo Castañón

Procedencia de los poemas

*A Aurora, in memoriam
A mis hijos Fito, Quique y Nena
y a mis nietos Paula, Ximena y Juan Adolfo*

NOTA INTRODUCTORIA DEL AUTOR

En el presente volumen se reúne la obra poética del autor, dispersa desde hace ya muchos años en diferentes publicaciones hoy de difícil acceso. Se incluye asimismo su único libro de poesía publicado, *El pulso ardiendo* (1942), y, finalmente, se recogen algunos poemas que hasta ahora habían permanecido inéditos.

El título, *Poesía*, dado a esta recopilación, pretende marcar su lugar propio y distintivo con respecto a una extensa —y más conocida— obra en el campo de la estética, la filosofía y la teoría política y moral. Podría haberse titulado también *Diálogos con el tiempo*, evocando sin disimulo la certera definición de la poesía que legó quien tanto es de admirarse como gran poeta, agudo pensador y hombre cabal: Antonio Machado. En verdad, la poesía con la que aquí se encuentra el lector resulta, sin propósito deliberado, un diálogo con el tiempo, o más exactamente, con los tiempos, que tan intensamente le tocó vivir al autor: el incierto y convulso, esperanzador y frustrado, de la Segunda República española; el de la Guerra Civil desatada al ser agredida brutalmente desde dentro y desde fuera por el fascismo nacional y extranjero y, por último, el del exilio en México. De acuerdo con estos tres tiempos, que marcaron tan profundamente la vida personal y pública del autor y, en consecuencia, las relaciones respectivas (o diálogos) de su poesía con ellos, los poemas aquí reunidos se agrupan en tres partes: los de la primera, “Poesía en vela” (1933-1936), “fueron escritos —como ya se decía en *El pulso ardiendo*— en España, ya en vigilante y dramática espera de la tragedia colectiva” que se avecinaba. La segunda parte, “Poesía en guerra” (1936-1938), comprende los poemas escritos —algunos en el frente— durante la cruenta contienda; se trata, en verdad, de poesía en guerra, pues como escribió María Zambrano por entonces, en tiempos de guerra la poesía no puede dejar de estar también en guerra. Y, por último, la tercera parte, “Poesía en exilio” (1940-1954), recoge los poemas escritos en los años más duros, nostálgicos e ilusionados a la vez del exilio en México, de un exilio vivido —no obstante la generosa acogida del gobierno y del pueblo mexicanos— como el desgarrón más doloroso de la patria perdida, con la obsesión constante y esperanzada de una vuelta que no se cumplió y que, cuando pudo cumplirse, el destierro ya se había convertido, para los supervivientes, en “trastierro”.

México, D. F., enero de 2005

PRÓLOGO

MARÍA DOLORES GUTIÉRREZ NAVAS

El haberme hecho cargo del estudio introductorio de *Poesía*, de Adolfo Sánchez Vázquez, constituye un honor y una gran satisfacción por dos motivos. En primer lugar por difundir la faceta poética, escasamente conocida,[1] de quien es reconocido mundialmente por su contribución a la filosofía, la estética y la teoría política. En segundo lugar por el rescate de un buen número de poemas inéditos, escritos en muchas ocasiones al calor de los acontecimientos políticos y sociales, y que sin duda forman parte de la historia literaria española. Aunque Sánchez Vázquez se ha referido en ocasiones a su poesía como su “amante secreta”, la insistencia de sus amigos ha logrado develar por fin el secreto y reunir en un solo volumen estos poemas.

Nuestro estudio tiene que basarse, necesariamente, en la propia estructura que el autor ha dado a su poemario y que refleja las tres etapas creativas fundamentales en su vida: “Poesía en vela” (1933-1936), etapa inicial fecunda y marcada por el surrealismo, aunque con un sello muy personal; “Poesía en guerra” (1936-1938), compuesta por auténticos poemas de trinchera que van evolucionando poco a poco hacia una perspectiva más humana del conflicto, y “Poesía en exilio” (1940-1954), madura y reflexiva.

Adolfo Sánchez Vázquez, ilustre filósofo, crítico y ensayista, no necesita presentación. Sin embargo, desde el momento en que su poesía nace al filo de su tiempo, hemos considerado que ésta puede comprenderse mejor si se lee en paralelo con su trayectoria vital. Por ello iremos combinando la presentación y el análisis de sus textos con unas breves notas biográficas. Los lectores interesados en una visión más general de la vida y obra de nuestro autor disponen de dos excelentes obras de referencia.[2]

POESÍA EN VELA

Adolfo Sánchez Vázquez nació en Algeciras el 17 de septiembre de 1915. Su padre, oficial de carabineros, fue destinado a El Escorial (Madrid) cinco años después, y luego a Málaga, ciudad en la que se estableció la familia en 1925. Adolfo cursó en esa ciudad el bachillerato y a continuación los estudios de magisterio. La proclamación de la República en 1931 le hizo involucrarse progresivamente en la política, como tantos otros jóvenes de la época. La lentitud de las reformas lo llevó a tomar posiciones cada vez más radicales.

En 1933 formaba parte del Bloque de Estudiantes Revolucionarios dentro de la FUE, e ingresó también en la Juventud Comunista que luego se integraría en las Juventudes Socialistas Unificadas.

Sus primeras incursiones en el terreno literario y poético se producen en esa misma época. Colaboró en una sección literaria de *Mundo Obrero*, órgano del Partido Comunista de España. Pero su primer texto poético, el “Romance de la ley de fugas”, apareció en 1933 en la revista *Octubre. Escritores y artistas revolucionarios*, publicada en Madrid por Rafael Alberti y María Teresa León, y órgano de la sección española de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR). Vieron la luz seis números de *Octubre*, entre junio-julio de 1933 y abril de 1934.

La colaboración de Sánchez Vázquez[3] aparece firmada con el seudónimo de “Darin”. Según el autor, la elección del seudónimo se debió a una moda juvenil entre estudiantes de izquierda a imitar los que utilizaban los revolucionarios rusos (Lenin, Stalin). El poema, fechado en Málaga en julio de 1933, está incluido en la sección de literatura juvenil, junto a las colaboraciones de Felipe Caamaño y Francisco Cerván. Los textos están precedidos por una introducción, probablemente de Alberti o María Teresa León, que reproducimos a continuación:

Estudiantes, soldados, empleados, campesinos, obreros de las fábricas, nos mandan continuamente sus ensayos literarios. Algunos, aquellos que por su entusiasmo revolucionario y calidad artística se destaquen de los demás, serán recogidos en esta sección juvenil, hoy dedicada a la poesía. Los poetas que aquí damos a conocer son muy jóvenes. Uno es soldado, otro estudiante, otro —Felipe Caamaño Ruanova— apenas si tiene dieciséis años. Es de esperar que el estudio y la compenetración con los infinitos problemas del proletariado haga de ellos los poetas que necesita la revolución española.

La referencia al estudiante corresponde a Adolfo Sánchez Vázquez, que por entonces contaba con diecisiete años y cursaba sus estudios de magisterio en Málaga.

Es importante señalar la vinculación de Emilio Prados con *Octubre* —la revista en la que hace público su compromiso proletario— y el apoyo que le prestaba desde Málaga. Aunque formalmente no figura en el equipo de redacción —que nunca llegó a hacerse explícito—, Prados contribuyó con tres poemas, y su vinculación directa ha sido destacada por Enrique Montero en el estudio introductorio a la edición facsimilar.[4] Es conocido el hecho de que Prados leía *Octubre* a los pescadores de Málaga.[5] Dada la amistad entre Prados y Sánchez Vázquez, es probable que no sea ajena a dicha amistad esta primera publicación poética de Sánchez Vázquez. Nuestro autor ha reconocido que su primera vocación es la poética y que ésta nació animada por la personalidad singular de Emilio Prados.[6]

La utilización del romance por parte de Adolfo Sánchez Vázquez en una fecha tan temprana como 1933 merece destacarse como un anuncio del vehículo poético que se iba a popularizar más tarde durante la Guerra Civil.

El tema del romance (la aplicación de la Ley de fugas a cinco obreros por parte de tres guardias civiles) se enmarca en la oleada de protestas que siguió al asesinato de cuatro activistas de izquierda que eran conducidos en una furgoneta policial por el parque

de María Luisa de Sevilla el 22 de junio de 1932, en plena declaración del estado de guerra. Este hecho había motivado una nota de María Teresa León en *Octubre*. También se había recurrido a la Ley de fugas para justificar la sangrienta represión de los sucesos de Casas Viejas en enero de 1933. La repetida aplicación de dicha ley por parte del gobierno de la República supuso una conmoción para militantes de izquierda como Adolfo Sánchez Vázquez, por lo que su poema es sin duda una denuncia sobre un tema de la mayor actualidad en esos momentos.

No es difícil encontrar ecos lorquianos en el romance de Sánchez Vázquez, especialmente en el léxico: “la tarde se quiebra”, “trigos”, “olivares”, etc., y en la personificación de la represión política en la Guardia Civil. No obstante, a diferencia del romancero lorquiano, en el de Sánchez Vázquez la forma del romance se trunca en determinados versos, mayores o menores que el octosílabo, y que proporcionan un mayor énfasis: “Yo los ví”, “Un grito de muerte cruzó por el aire”. El texto incorpora elementos narrativos e incluso dramáticos. El uso de la primera persona involucra aún más al yo poético en el drama que se desarrolla en el poema.

El poema “Siempre tu voz” es un texto inédito fechado en Málaga en 1934. Se trata de una composición en verso libre con predominio del arte menor y tendencia a la asonancia. En la primera parte destacan los motivos marinos y, en la segunda, aparecen, con un ritmo proporcionado por figuras de repetición, determinados elementos negativos que se contraponen a la voz que se ha convertido en guía y esperanza para el poeta. Más adelante volveremos sobre este poema.

Terminado magisterio y con destino adjudicado, Sánchez Vázquez solicitó y obtuvo la licencia para estudiar filosofía y letras en Madrid. En esa ciudad permaneció durante el curso académico 1935-1936, época en la que dirigió, junto con J. Enrique Rebolledo, la revista *Sur*.^[7] En esos meses también dirigió, en Madrid y junto con José Luis Cano, la revista *Línea*, publicación quincenal de hechos sociales y de carácter fundamentalmente político. En las clases del primer curso de filosofía y letras, Sánchez Vázquez asistió a las lecciones de Ortega y Gasset, Zubiri, Besteiro y Montesinos. Frecuentaba las reuniones de jóvenes estudiantes y compartía tertulias y amistad con Alberti, Serrano Plaja, Sender, Neruda y Miguel Hernández, entre muchos otros.

“Número”,^[8] fechado en Málaga en octubre de 1935, se caracteriza por una expresión poética (verso largo, ausencia de puntuación, imágenes surrealistas) que se aleja de los dos poemas anteriores. Esa nueva forma de expresión poética, que será también predominante en su libro *El pulso ardiendo*, le sirve al autor para denunciar la injusticia general y manifestar su solidaridad hacia los hombres. El poema contiene una referencia a los revolucionarios asturianos de octubre de 1934, quienes son en ese momento víctimas de la represión, motivo que vincula al poema con *Llanto de octubre*, de Emilio Prados.^[9] En los meses comprendidos entre finales de 1935 y principios de 1936 Sánchez Vázquez escribe su hasta ahora único libro de poemas, titulado *El pulso ardiendo*.^[10] Antes de referirnos a esta importante obra, citaremos otro poema inédito, “Esta voz que nos convoca”, fechado en Madrid en junio de 1936. Se trata de una nueva versión de “Siempre tu voz”, mucho más explícita y elaborada. Los anteriores versos de

arte menor se alargan aquí obteniendo una mayor contundencia. En la primera parte del poema la voz, que en la anterior versión era “río de esperanzas” y “faro de luz”, se ha vuelto convocatoria por “hondos precipicios de gangrena” donde “nadan los peces homicidas”. La profunda y ya irreversible radicalización política, generada por el triunfo del Frente Popular en las elecciones generales de febrero de 1936, ha dejado su huella en el poema. Por otro lado, en la segunda parte las figuras de repetición aparecen ya en cada verso, acelerando el ritmo de un poema que desemboca en dos elementos claves, la convocatoria “insistente”, ausente de la versión anterior, y los presagios “de espanto” de lo que se avecina. Es importante señalar las diferencias entre los campos semánticos de ambos poemas. Lo que antes era simplemente vientos, puñados de arena o vidrios acechantes se han convertido en “estepas que calcinan”, “nieblas que aniquilan” o “tumbas que esperan impacientes”. La “poesía en vela” puede darse por concluida con este poema que es un auténtico presagio de guerra.

Podemos situar la redacción de *El pulso ardiendo*, a partir de los propios recuerdos de Sánchez Vázquez, entre los años 1935 y 1936, cuando el autor cursaba estudios en Madrid, aunque viajaba frecuentemente a Málaga. No es preciso insistir en que éstos son años en los que las tensiones políticas y sociales que vive España se acentúan, y se anuncia un conflicto de dimensiones insospechadas. En palabras del propio Sánchez Vázquez: “... ya casi en vísperas de la Guerra Civil, entre Madrid y Málaga, escribí un conjunto de poemas que titulé *El pulso ardiendo*, y en los que, en cierto modo, se podía rastrear la tragedia que se avecinaba”.^[11]

El compromiso político y social marcó la vida y la obra de los jóvenes poetas de la generación a la que pertenece Sánchez Vázquez. Como él mismo recuerda:

Estábamos —por supuesto sin tener clara conciencia de ello— a las puertas de la tragedia nacional que sería la Guerra Civil. Esa tragedia [...] nos encontraba con una intensa politización, entendida ésta como un afán vehemente de transformación, no sólo en el marco de la cultura, sino en el de un cambio radical de la sociedad entera. Ciertamente, en este afán había mucha sed de justicia y mucha generosidad de una juventud que sacrificaba sus goces inmediatos por objetivos que sólo podían significar privaciones personales. Pero este convencimiento pleno de que la verdad y la justicia estaban de nuestro lado, no dejaba de tener un aire mesiánico y, sobre todo, cierto subjetivismo e idealismo al mirarnos en el espejo, entonces sin mácula, de la sociedad surgida de la Revolución rusa de octubre. La agudización de la lucha política y social en la España de entonces no hacía más que alimentar nuestro sueño justiciero y acentuar nuestro activismo político. Pero éramos también jóvenes intelectuales y nuestro fervor revolucionario no podía dejar de expresarse en el campo de la cultura. Y en él, los jóvenes poetas, novelistas o ensayistas de entonces contábamos con el ejemplo de los que, mayores que nosotros, vinculaban abiertamente la cultura con proyectos radicales que nosotros compartíamos. Tales eran los ejemplos de Rafael Alberti, María Teresa León, Emilio Prados, Joaquín Arderius, Ramón J. Sender, Wenceslao Roces, José Renau y, compartiendo ese proyecto común, desde una perspectiva más moral que política, José Bergamín y Federico García Lorca, entre otros. Éramos muchos los que asociábamos entonces la cultura a un impulso de profunda transformación moral, política y social de la sociedad española.^[12]

El poemario se abre con una emotiva dedicatoria del autor, donde se rememoran las circunstancias en las que fue compuesto y se añade una frase alusiva a la nueva e imprevista situación, la del exilio, en la que el libro ve por fin la luz. *El pulso ardiendo* queda para siempre dedicado: “... al pueblo, a quien debo el tesoro que más aprecio: una

salida a la angustia y a la desesperanza”.

El pulso ardiendo es una obra breve, compuesta por diecinueve poemas de formas y metros variados pero bajo el tema central, según Aurora de Albornoz,[13] de la relación del yo con los otros, aunque los textos ofrezcan múltiples posibilidades de lectura. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, la obra se compone de tres partes bien diferenciadas, tanto en las formas poéticas como en los temas tratados. Los diez primeros sonetos, agrupados bajo el título común de “Soledad adentro”, formarían un primer conjunto bien definido que, como veremos luego, construye un diálogo interior del yo poético que busca su lugar en el mundo en lucha contra la soledad, el desarraigo, el dolor y la desesperanza. En un segundo conjunto poético pueden situarse los sentimientos de horror que despiertan en el poeta los acontecimientos de Asturias posteriores a la Revolución de octubre de 1934 y le inspiran los poemas “Memoria de una noche de octubre”, “Sonarán a silencio” y “Elegía asturiana”. Este último poema está situado al final del libro, separado de los otros dos, con los que comparte tema y forma libres. Un tercer bloque puede quedar definido por los poemas agrupados bajo los títulos “Entrada a la agonía”, “Entre ser o no ser”, “Entrada a la esperanza” y “Promesa”. Todos ellos generados por un acontecimiento concreto: la muerte violenta de un activista político, compañero de Adolfo Sánchez Vázquez, en los días inmediatamente anteriores al estallido de la Guerra Civil.

Desde el punto de vista formal, en el poemario conviven armoniosamente los metros y formas estróficas tradicionales (trece sonetos y dos poemas formados por tercetos y serventesios, respectivamente, todos endecasílabos) con el verso libre del resto de poemas. Resulta del mayor interés esta reunión de formas derivadas de la tradición más clásica, cuando se trata de expresar los sentimientos más íntimos, con poemas de verso libre y contenido social y político, escritos al calor de acontecimientos concretos.

La primera parte de *El pulso ardiendo*, “Soledad adentro”, es introducida con el lema: “Pulsos deshabitados: aquí tenéis mi pulso ardiendo”. Esto no sólo constituye una justificación del título, sino que expresa la esencia de los diez sonetos que componen esta parte. Una esencia basada en la contraposición, la dialéctica interior entre la inacción y la acción, entre el aislamiento y el compromiso, entre la desesperanza y la lucha. Los sonetos de “Soledad adentro” están concebidos como un diálogo interior del yo poético y construyen una ascensión desde una situación de desarraigo, soledad y aislamiento frente a un mundo hostil, hasta la afirmación de la vida, la acción y el compromiso con los demás. El léxico de los primeros poemas no deja lugar a dudas: muerte, dolor, sangre, heridas, silencio... Repetidamente el yo poético se nos presenta como un tronco a la deriva, sin rumbo, entre riberas inhóspitas. Son frecuentes las contraposiciones latido / pulso mudo; las figuras “corazón a la deriva”, “corazón rodando”. El diálogo interior se torna a veces en interpelación impaciente, como en el soneto VI, “¿Qué esperas para ser ya tronco ardiente?”

Creemos que el eco de Emilio Prados, del Emilio Prados de aquellos años de “silencio editorial”, está muy presente en estos versos. Podemos detectar paralelismos entre *El pulso ardiendo* y la actitud vital y la obra poética de Emilio Prados entre 1930 y

1936. Es un hecho bien conocido que en la primera mitad de los años treinta Prados vive una intensa crisis personal que le lleva a “cerrarse al mundo”.^[14] Prados sufre una crisis religiosa y un conflicto íntimo, pero también se duele porque las promesas anunciadas por la proclamación de la República no se cumplen, por la lentitud de las reformas sociales y el caos político. La salida de la crisis, y creemos que la misma crisis y la misma salida, parecen alentar también *El pulso ardiendo*; no es otra que concebir la poesía como instrumento de liberación del hombre, de comunión con todos los hombres que buscan la justicia social y la libertad.^[15] Emilio Prados escribe durante aquellos años *La voz cautiva*, “voz cautiva” que también aparece significativamente en el soneto VI de *El pulso ardiendo*. En esa obra de Prados, que permanecerá inédita hasta años después, encontramos puntos de contacto con el lenguaje poético de Sánchez Vázquez. El diálogo interior, con frecuentes interpelaciones, las referencias al dolor, la sangre, el llanto y la necesidad de actuar: “¿Para qué está la sangre sino para arrastrar la sombra y la ceniza?”^[16]

La sangre, el pulso, el latido, el corazón, coinciden en ser, en Prados y en Sánchez Vázquez, símbolos de los sentimientos que no deben quedar paralizados por el dolor o la desesperación, por los conflictos íntimos o la difícil relación con los demás. En los sonetos de “Soledad adentro” asistimos a la progresiva resolución de la crisis. El tono cambia radicalmente a partir del soneto VIII y adquiere una determinación que está ausente de los sonetos anteriores. Es esencial la ruptura con el llanto y las lamentaciones, dejar atrás el sueño y el cansancio. El yo poético, de tronco a la deriva, pasa a alzar el vuelo. La culminación se produce en el último soneto, que comienza con una imagen significativa: “tu corazón regresa de la muerte”, y continúa con apelaciones al coraje y a la acción: “camino de la vida quiero verte”. La oscuridad y el dolor han quedado atrás: “ebrio de luz prosigue tu carrera”, y la interrogación retórica final es determinante: “¿Qué puede detener tu primavera...?”

Antes de la aparición de *El pulso ardiendo*, tres de estos sonetos se habían publicado ya en la revista *Taller*, de Octavio Paz, concretamente los números II, III y VIII.^[17] Dos de ellos, los números V y IX, serán incluidos más tarde en la antología de Ángel Caffarena.^[18] Creemos, no obstante, que estos sonetos forman una unidad y que la lectura de algunos de ellos, aislados de los demás, puede ir en detrimento de su comprensión.

Adolfo Sánchez Vázquez nos ha reconocido que el Pablo Neruda de *Residencia en la tierra* también supuso una influencia en la elaboración de estos poemas. De hecho, podemos detectar puntos de contacto entre ambas obras, en particular en lo que tienen de voluntad de encontrar un lugar en el mundo concreto y real. Podemos percibir con claridad en el camino trazado en “Soledad adentro” el mismo aliento que Hernán Loyola ha encontrado en *Residencia en la tierra*, la aceptación del mundo con que el sujeto está obligado a hacer cuentas, y la construcción de la imagen del propio autor en relación con dicho mundo.^[19] No obstante, los contactos se agotan en el proyecto; las formas son claramente diferentes, sonetos clásicos para Sánchez Vázquez, largos versos libres en el caso de Neruda.

En abierto contraste con la difícil ascensión interior de “Soledad adentro”, el verso libre de los poemas “Memoria de una noche de octubre”, “Sonarán a silencio” y “Elegía asturiana” habla de la sangrienta represión del levantamiento obrero de Asturias. El primero de ellos, en un tono acusatorio y exclamativo, no exento de imágenes surrealistas y con abundantes figuras de repetición, señala a los responsables de la represión. “Sonarán a silencio” es un poema más complejo, que admite dobles lecturas, tanto desde el punto de vista de las víctimas como de los verdugos. En cualquier caso, es una llamada a la resistencia y a la lucha contra la injusticia. La “Elegía asturiana” está dedicada a un joven minero, víctima de la represión.

La tercera parte de *El pulso ardiendo* está compuesta por los poemas agrupados bajo los títulos “Entrada a la agonía” y “Entrada a la esperanza”, así como el soneto “Entre ser o no ser” y otro poema de verso libre: “Promesa”, que contiene el anuncio del enfrentamiento ya inevitable y la postura personal del emisor ante ese hecho.

“Entrada a la agonía” y “Entrada a la esperanza” están dedicados, según Aurora de Albornoz, al asesinato de un joven dirigente político. Puesto que “Entrada a la agonía” está fechado en Málaga el 10 de junio de 1936, parece fuera de toda duda que dicho dirigente fuese Andrés Rodríguez, concejal comunista en el Ayuntamiento de Málaga, presidente del Sindicato de Pescadores de la UGT y uno de los fundadores del PCE en esa capital. Según la prensa local y el estudio de Antonio Nadal,[20] el asesinato de Andrés Rodríguez causó una gran conmoción en esa ciudad, conmoción que sin duda alcanzó a Sánchez Vázquez. “Entrada a la agonía” consta de tres sonetos y un poema formado por tercetos encadenados. Las resonancias de la poesía de Miguel Hernández parecen evidentes:

Tanta pena se arrima por mi cielo
que la nieve ya alcanza mi cintura...

Es concebible que la probable autoría anarquista del crimen conduzca finalmente al poeta hacia el desaliento y el desánimo; el fascismo se organiza mientras la izquierda se enfrenta estérilmente:

¡Me canso de ser ascua endurecida
cuando se apaga nuestro mismo viento!

“Entre ser o no ser” es un bello soneto de difícil interpretación, situado entre las dos entradas “a la agonía” y “a la esperanza” y probablemente influenciado por los trágicos acontecimientos de los días 10 y 11 de junio de 1936 en Málaga. “Entrada a la esperanza” tiene un tono combativo, probablemente el más encendido de todo el libro. Parte del recuerdo del compañero caído para convertirse en una declaración que repite: “Yo no puedo esperar”. El poeta no se conforma con una hoguera y exige un volcán. Este tono se remansa en el último poema de este bloque, “Promesa”, que con un tono más sereno y equilibrado hace explícito el compromiso personal del autor, mientras se

anuncia el drama inminente de la Guerra Civil:

Ya sé que vienen lentamente [...]
temporales de oscuros desvaríos...

Es inevitable de nuevo el paralelismo con los versos de Emilio Prados publicados por el propio Sánchez Vázquez:[21]

Malas nubes, tiempo fuerte
nubes de sangre y espanto

En conclusión, podemos coincidir con Ramón Martínez Ocaranza[22] en que el Adolfo Sánchez Vázquez de *El pulso ardiendo* es un poeta de difícil clasificación entre los ismos poéticos habituales, y el creador de un lenguaje poético propio. No obstante, también coincidimos con Aurora de Albornoz en la importancia de las imágenes surrealistas en esos poemas. Como ya hemos señalado, las continuas alusiones a la sangre y a los sueños, las asociaciones insólitas y audaces, el desdoblamiento del yo poético, permiten establecer una relación con el Prados surrealista de *La voz cautiva*. Es importante destacar que, como es bien conocido, existió en Málaga, a principios de los años treinta, el proyecto de publicar la primera revista surrealista española.[23] Aunque este proyecto se frustró, sobre todo por la dispersión ideológica de sus miembros, no es descartable que el entorno y la influencia del ambiente surrealista malagueño, con sus características propias, alcanzara a un Adolfo Sánchez Vázquez plenamente integrado en la vida cultural de la capital. Este factor coincide en el tiempo con otro al que la crítica literaria ha dado relativamente poca importancia y que nos parece esencial en la génesis de *El pulso ardiendo*.

En 1930, André Breton publica el *Segundo Manifiesto Surrealista*, en el que formaliza el giro revolucionario del surrealismo que se había venido produciendo desde 1925 y que había encontrado su expresión, a partir de 1930, en la revista *Le Surréalisme au service de la Révolution*. Breton afirma en el *Segundo Manifiesto* el carácter emancipador del movimiento, y la convergencia de objetivos con la Tercera Internacional, convergencia sólo obstaculizada, a su juicio, por la actitud de determinados miembros del Partido Comunista francés.

Sabemos que Emilio Prados estaba perfectamente al corriente de esta tendencia, ya que recibía *La Révolution Surréaliste* y, más tarde, *Le Surréalisme au service de la Révolution*. [24] En 1931 Prados tenía la intención de viajar a París para entrar en los círculos surrealistas y, finalmente, en febrero de ese año se desplazó a Madrid para tratar de crear un grupo surrealista con sus amigos de Madrid, quienes no recibieron la idea con entusiasmo. [25] Prados, desencantado, regresó a Málaga. Por aquella época, Prados estaba también próximo a las posiciones del Partido Comunista de España, y su amistad con Sánchez Vázquez está bien documentada.

Por todo lo mencionado, *El pulso ardiendo* debe situarse, a nuestro juicio, en un

contexto geográfico (la Málaga en la que Emilio Prados analiza sus propias contradicciones en *La voz cautiva*, *La tierra que no alienta* e incluso *El llanto subterráneo*) y sobre todo en un momento histórico (ese “segundo surrealismo” que converge con la ideología comunista). Este contexto resulta imprescindible para la comprensión de una obra que tiende un puente entre las secuelas surrealistas de la ya dispersa generación del 27 malagueña y la poesía inevitablemente comprometida y directa que se compondrá a partir del estallido de la Guerra Civil. La coexistencia de elementos de una y otra configuran el carácter único y peculiar que mencionábamos al comienzo de este apartado.

POESÍA EN GUERRA

El 18 de julio de 1936 sorprendió a Adolfo Sánchez Vázquez en Málaga. Desde el primer momento participó en el conflicto al realizar las tareas encomendadas por la organización local de las Juventudes Socialistas Unificadas. Perteneció a su Comité local, cuyo órgano de prensa, *Octubre*, acogió uno de los romances que más tarde, en 1937, sería recogido en el *Romancero general de la guerra de España*.^[26]

No es preciso insistir aquí en la importancia que tuvieron los poemas escritos al calor de los acontecimientos de la guerra para mantener y elevar la moral de los combatientes. Las memorias de Enrique Líster ilustran muy bien esta importancia, cuando afirmaba que una poesía capaz de llegar al corazón de los soldados valía más que diez discursos.^[27] Dentro de la abundante producción poética de guerra destaca el fenómeno del nuevo romancero, un intento de reconstruir una épica en pleno siglo XX. El romancero de la Guerra Civil es un fenómeno esencialmente popular, y tiene en común con el romancero tradicional el propósito informativo y noticioso. Sus versos son auténticas crónicas de lo que sucede, intercaladas con la exaltación del valor y el heroísmo.

Emilio Prados seleccionó para el *Romancero general* trescientos dos romances. Cuatro de éstos fueron escritos por Adolfo Sánchez Vázquez y fueron incluidos en la sección tercera, “Romances de los Frentes del Sur”.^[28] Esta colaboración fue pedida expresamente por Emilio Prados, como Sánchez Vázquez relata.^[29] Se trata de poemas de combate, de exaltación de los camaradas caídos y de llamadas a la resistencia y la lucha. El estilo complejo de la etapa anterior se torna entonces sencillo y directo.

En “Romance de moros” Sánchez Vázquez llama la atención sobre la amenaza que se cierne sobre la población civil por parte de los invasores y señala la contradicción entre los supuestos objetivos de la “cruzada católica” y su recurso a estas tropas de la “media luna” a las que se atribuye un comportamiento sanguinario.

El “Romance de la muerte del camarada ‘Metralla’ ” exalta el comportamiento heroico de Francisco Villodres Rodríguez, un joven militante comunista que dirigió una acción de sabotaje contra un tren militar en Montefrío (Granada). Villodres dirigía un grupo de milicianos que consiguió hacer descarrilar el tren, aunque murió en el tiroteo

posterior. Este romance había aparecido ya en *Octubre*, precisamente junto a la noticia del entierro del camarada Villodres.[30]

En el romance “El fugitivo” Sánchez Vázquez trata la figura del refugiado que ha huido ante la presencia de las tropas franquistas. Concretamente se cita en el romance la Sierra Carbonera, pequeña elevación que se encuentra sobre La Línea de la Concepción (Cádiz), una localidad que fue rápidamente asegurada por el ejército de Franco para proteger la llegada de las tropas de África. El fugitivo, ante la evidencia de que va a ser perseguido por los falangistas, toma una resolución heroica y decide combatir a los que le acechan. En este romance se repite varias veces un motivo poético muy querido para Sánchez Vázquez, el del pulso personificado. Así “pulsos fieros” son los que persiguen al fugitivo, quien aún no tiene “pulso de hielo” ni “pulso muerto”.

Por último, el emotivo “Romance de la defensa de Málaga” supone una apremiante llamada a la lucha y la resistencia ante un enemigo que se acerca a la capital y que ya ha llegado a Marbella, como se reconoce explícitamente en el poema. Es muy probable que el tono de este romance estuviera alentado por la sensación que imperaba en la ciudad de que el gobierno de la República y el ejército leal no estaban dispuestos a presentar batalla a las tropas franquistas, como de hecho sucedió. Se menciona el ejemplo de Madrid, donde los milicianos lograron detener el levantamiento, y de nuevo se alude al “pulso” de la ciudad, que se verá muerto si no se levanta a tiempo.

Utilizando el verso libre en lugar del popular romance, “Proclama” es una incitación a la lucha armada acorde con el momento en que se escribe, julio de 1936, cuando las hostilidades acaban de comenzar. Se publicó dos meses después en *Octubre*. [31] “Proclama” hace una clara llamada al ataque, a la reconquista de posiciones, como las de Córdoba y Granada. En este poema aparece de nuevo la personificación de los pulsos, en este caso los “pulsos derrotados” del fascismo.

A mediados de enero de 1937, Sánchez Vázquez asistió a la Conferencia Nacional de las JSU en Valencia. Días después de su regreso a Málaga, las tropas franquistas tomaron la ciudad, y Sánchez Vázquez huyó, junto con miles de malagueños, hacia Almería. Este éxodo por la carretera de Almería, batida por el fuego de la artillería naval, fue emotivamente descrito en una crónica de Sánchez Vázquez para *Hora de España*. [32]

Ya en Valencia, la Comisión Ejecutiva de las JSU le encargó que se trasladara a Madrid para asumir la dirección del diario *Ahora*, órgano central de las JSU y de gran influencia en el ejército. Como director de *Ahora* asistió al II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. Permaneció en la dirección seis meses, tras los que decidió trasladarse al frente. Se incorporó a la XI División, a las órdenes de Enrique Lister; ahí se hizo cargo de las tareas de prensa y propaganda y dirigió el periódico *Pasaremos*, en el que colaboraron Miguel Hernández y José Herrera Petere. Posteriormente, se hizo cargo de la dirección de *Acero*, órgano del V Cuerpo del Ejército, y participó en la batalla de Teruel. De esa época data “Al héroe caído”, escrito en el frente de Teruel, en diciembre de 1937. Se trata de siete tercetos encadenados, publicados en *Acero*. [33] Frente a las proclamas de poemas anteriores, los versos cambian de tono aquí ante la figura del héroe muerto en combate.

Sánchez Vázquez permaneció en el V Cuerpo del Ejército en Cataluña hasta el final de la Guerra Civil. En el frente del Ebro escribió un nuevo soneto, “Miliciano muerto”, con un motivo similar al anterior y que ha permanecido inédito. En esta ocasión, lejos de ensalzar el heroísmo o hacer llamadas a la lucha, el autor se centra en la contradicción de que la muerte pueda ser semilla de vida.

“Tres canciones del Ebro” están fechadas en el frente del Ebro en diciembre de 1938. Sus estrofas arromanzadas, que apenas pueden disimular el pesimismo por la marcha de la guerra, finalizan con una llamada casi desesperada a la resistencia heroica:

¡Vengan tormentas de fuego,
que en esta sierra os aguardo!

Tras el derrumbamiento del frente del Ebro y cuando la derrota era inevitable, Sánchez Vázquez escribió “Guerrillero en la noche”,^[34] fechado en Barcelona en diciembre de 1938. Es un soneto de tono existencial y triste, sin referencias directas a la tragedia que está aconteciendo:

Los campos toman tu color humano;
el agua su tristeza transparente,
y hasta el aire ya tiene sentimiento

Es importante destacar la evolución de la poesía de Adolfo Sánchez Vázquez a lo largo de la Guerra Civil, desde las llamadas al combate de los primeros meses, hasta las reflexiones sobre la muerte y la profunda humanidad que destilan los poemas de la última época. El lirismo presente en *El pulso ardiendo* se ha ido imponiendo a los propósitos épicos de la primera etapa de la guerra.

El 9 de febrero de 1939 pasó a Francia, al día siguiente de haber redactado y publicado en el frente el último número de *Acero*.

POESÍA EN EXILIO

Adolfo Sánchez Vázquez consiguió eludir el internamiento por parte de las autoridades francesas y llegar hasta París, donde la Asociación de Escritores Franceses le dio albergue. Después de tres meses de incertidumbre tuvo la suerte de embarcarse en el *Sinaia*, el primer barco que trasladó una expedición de refugiados españoles a México gracias a la generosidad del presidente Lázaro Cárdenas. Fiel a su trayectoria vital, durante la travesía colaboró con Juan Rejano y Pedro Garfias, entre otros, en un periódico de a bordo.^[35]

“Elegía a una tarde de julio”, fechado en febrero de 1940, es el primer poema escrito por Sánchez Vázquez después de la guerra, cuando llevaba ocho meses en México. Los

fragmentos V, VI y VII fueron publicados en *España Peregrina*.^[36] El resto del poema es inédito.

Se trata de un largo poema en verso libre y de tono encendido, una evocación del comienzo de la Guerra Civil y de sus trágicas consecuencias. El conflicto es revivido en los fragmentos I-IX como una agresión brutal y despiadada al pueblo español, utilizando una primera persona que convierte al yo poético en testigo directo de la denuncia. A partir del fragmento X y hasta el final se hace un continuo llamamiento a la conciencia de lo que ha sucedido en España, a la necesidad de no volver la espalda ante la injusticia y de denunciar a los culpables de la “orgía de sangre” que se ha producido. Vuelve a aparecer reiteradamente un motivo predilecto del autor, el “pulso ardiendo”, y se utilizan figuras taurinas en las que la bravura del toro se asimila a la resistencia tenaz del pueblo español que, al final, termina siendo sacrificado.

En México, Sánchez Vázquez orientó sus pasos en la dirección política y cultural, y participó en la redacción de diversas revistas del exilio español, como *Romance* (1940-1941), *España Peregrina* (1940-1941) y *Ultramar* (1947). Fue responsable del *Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles en México*, organización de la que fue vicepresidente.

En 1941 se trasladó a Morelia para impartir clases de filosofía en el Colegio San Nicolás de Hidalgo de la Universidad Michoacana; se casó con la malagueña Aurora Rebolledo, a la que conocía desde su juventud en la capital andaluza, y nació su primer hijo, Adolfo. El embarazo de su esposa Aurora es el motivo del poema “Maternidad”, fechado el 3 de marzo de 1942 y hasta ahora inédito. De nuevo en verso libre, pero con un tono lírico muy diferente al de sus anteriores poemas, Sánchez Vázquez describe sus sensaciones ante la llegada de su hijo, al que recibe como un mensajero de luz y esperanza en un mundo convulsionado por la segunda Guerra Mundial.

En 1943 Sánchez Vázquez renunció a su función docente debido a los ataques contra las reformas educativas progresistas del presidente Cárdenas. Regresó a la ciudad de México, donde nacieron sus otros dos hijos, Juan Enrique y María Aurora. Ante las dificultades para reanudar su vida laboral, traduce, escribe novelas basadas en guiones cinematográficos y da clases de español en la embajada soviética.

En 1944 retomó sus estudios universitarios truncados por la Guerra Civil y cursó la maestría en letras españolas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Había empezado a preparar su tesis de grado sobre el sentido del tiempo en la poesía de Antonio Machado, trabajo que no llegó a terminar por su necesidad de trabajar y su intensa actividad política, y sólo reanudó sus estudios en 1950, cuando comenzó la maestría en filosofía en la UNAM.

La Guerra Fría y el apoyo estadounidense a la dictadura franquista alejaron la posibilidad del retorno a España. Sánchez Vázquez se propuso entonces elevar su formación teórica marxista. Concluyó los estudios de filosofía en 1952. En esos años asistió a los seminarios de Gaos e inició su labor docente como ayudante en la cátedra de lógica de Eli de Gortari. Mantuvo un diálogo fecundo con los jóvenes filósofos que habían constituido el grupo Hyperión. Los trabajos de Sánchez Vázquez en los ámbitos

de análisis literario y filosófico comienzan a destacar y a mostrar su inclinación por la estética.

A finales de la década de los cuarenta Sánchez Vázquez escribió una veintena de sonetos en los que se recogen los sentimientos de dolor y nostalgia que inspiraban a gran parte de la poesía del exilio, junto con el sueño de la tierra perdida y la esperanza de su recuperación.[37] Algunos de ellos aparecieron en el *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles en México* así como en dos antologías publicadas en España.[38] Catorce poemas de esta serie han sido recogidos en este libro bajo el epígrafe “Sonetos del destierro”. De ellos son inéditos “A uno que vuelve” y “Miseria de una poesía”.

El tema central de los sonetos es el exilio en sus distintas facetas, la nostalgia, la evocación de España, la denuncia de su situación, la necesidad de permanecer fiel a los principios y no dejarse vencer por la tentación de un regreso indigno. Sánchez Vázquez recapitula su experiencia, la define y la defiende uniendo reflexión y emoción en un bello diálogo interior. Es interesante resaltar la ausencia de referencias a la experiencia mexicana. La conciencia dolorosa de la condición de desterrado se percibe como ausencia de la tierra natal más que como descubrimiento de una nueva tierra; como un desarraigo más que como el desarrollo de raíces nuevas. Es preciso tener en cuenta que estos sonetos están escritos en un momento en el que se contempla todavía la posibilidad de una intervención internacional contra el régimen franquista y de un regreso inminente.

No vamos a cometer la ligereza de hacer aquí un análisis detallado de estos bellos sonetos cuando contamos con las palabras del propio Sánchez Vázquez, quien en su ya citada ponencia, “Mi trato con la poesía en el exilio”, describe fielmente los sentimientos y emociones que le movieron a escribir estos poemas. Pero sí haremos un breve comentario de los dos sonetos inéditos.

“A uno que vuelve” se dirige a aquellos que renuncian al anhelo de un regreso digno y vuelven a una España que continúa bajo un régimen totalitario. A ellos, a los que se engañan a sí mismos y buscan “desvivir lo ya vivido” y convertir la “desazón en calma”, Sánchez Vázquez les augura que también en España serán desterrados de sí mismos. “Miseria de una poesía” es un soneto que se diferencia del resto, pues no trata propiamente el tema del exilio. Se trata de la dura crítica de una obra poética que no puede ser identificada, pero que tal vez corresponda a la poesía arraigada (en términos de Dámaso Alonso) que se escribía en España en esos años y que pretendía ignorar y encubrir tanto el drama de la Guerra Civil como la situación de injusticia y represión en la que se estaba gestando esta poesía “enfermiza” e “inhumana”.

En abril de 1952 Sánchez Vázquez escribió un nuevo poema, “La paloma de Picasso”, que ha permanecido inédito hasta ahora. Se trata de un poema pacifista, muy relacionado con los temores que en los años cincuenta existían de una nueva y mucho más cruenta conflagración mundial. “La paloma de Picasso” se toma como símbolo del esfuerzo que deben hacer los humanos en todo el mundo en favor de la paz.

Al año siguiente, en septiembre de 1953, Sánchez Vázquez escribió “Afirmación de amor”, que será publicado por Ángel Caffarena varios años después.[39] Este interesante poema no está directamente conectado con el momento histórico, como es habitual en la

poesía de Sánchez Vázquez. Su tema es la exaltación del amor en todas sus formas; el amor en la pareja, hacia la familia, los amigos y el amor universal que debería terminar con el odio entre seres humanos. Debe destacarse la entrañable referencia a Málaga (“la ciudad marina de mis años lejanos”). Catorce años después del final de la Guerra Civil, el lenguaje poético de Sánchez Vázquez se ha remansado sin que ello suponga ignorar que existen conflictos e injusticias. El amor se propone ahora como el motor que impulse a acabar con esta situación.

El poema que le sigue, “A León Felipe en su 70 cumpleaños”, fue leído por Sánchez Vázquez en el acto de homenaje al poeta español el 11 de abril de 1954, y ha permanecido inédito hasta ahora. Es un romance heptasílabo en el que España vuelve a ser, como en poemas anteriores, el toro que se desangra en el ruedo. Se denuncia la poesía no comprometida, que contrasta fuertemente con la voz rotunda de León Felipe, con el compromiso de unos versos que, destaca Sánchez Vázquez, son escuchados y esperados con ansia en España.

En 1955 obtuvo la maestría en filosofía con la tesis *Conciencia y realidad en la obra de arte*, en la que adoptó posturas abiertas frente al “realismo socialista” de la ortodoxia marxista dominante. Fue nombrado en 1959 profesor titular a tiempo completo en la UNAM, lo que le permitió intensificar su labor docente y su avance en el pensamiento abierto y crítico. A partir de entonces comenzó su fulgurante carrera como filósofo, crítico y ensayista. Pero no nos consta que volviera a escribir poesía, con lo que su dedicación a la filosofía a partir de 1954 cierra esa etapa del Sánchez Vázquez poeta.

CONCLUSIÓN

La obra poética de Adolfo Sánchez Vázquez se inscribe en la historia literaria española al final de la llamada Edad de Plata, y en el marco de la dialéctica política del siglo XX.

Creemos que la importancia de este volumen radica en la reunión, por primera vez, de una obra poética que estaba muy dispersa y a la que se añade un importante número de poemas inéditos. Buena parte de los poemas de nuestro autor se encontraban en publicaciones que, a consecuencia de la guerra, eran de muy difícil localización. Reunirlos aquí era una exigencia de nuestra memoria histórica. Podemos afirmar, como hizo Octavio Paz refiriéndose a la obra de León Felipe, otro ilustre exiliado,^[40] que sin estos poemas habríamos perdido algo muy cierto y conmovedor.

A pesar de esta dispersión, y a pesar de la peripecia vital de su autor, una vez reunida su obra creemos encontrar en ella una cierta unidad, una coherencia interior. Sánchez Vázquez es un poeta del tiempo que le toca vivir, nos proporciona un testimonio estremecedor de la Guerra Civil, su gestación, sus consecuencias inmediatas y el exilio posterior. Dentro de esta coherencia, sus tres partes quedan perfectamente definidas: los años de aprendizaje, en los que sorprende su temprana maestría y las influencias surrealistas; la poesía combatiente durante la guerra, acorde con los cánones imperantes

en el momento, y, por último, la madurez del exilio, no exenta de denuncia pero con un tono más sereno y equilibrado. Y siempre la dimensión humana por encima de los avatares políticos y sociales, emergiendo incluso en los años más duros de la guerra y el exilio. Sus versos constituyen la mejor expresión de la tesis que su autor ha formalizado en sus estudios de estética, la del arte como actividad creadora del hombre.

En cuanto a formas y temas, es de destacar la presencia de formas tradicionales — sobre todo sonetos y romances— junto al verso libre. En estos poemas se conjugan diferentes temas bajo el común denominador del testimonio y el compromiso, siempre con una escritura muy personal, rica en sentimientos y emociones. Entre los sentimientos nunca, ni en los momentos más duros, ha faltado la fe en el futuro y la posibilidad de una vida mejor. Esta dimensión humana, esta fuerza y vitalidad de su palabra, es la causa de que nos seduzca más lo que nos dice el poema que las propias innovaciones estéticas.

Esperamos que este volumen no sólo contribuya a completar el conocimiento de la obra de Adolfo Sánchez Vázquez, enriqueciéndola con una nueva faceta que hasta ahora, con contadas excepciones, había pasado inadvertida, sino que suponga su reconocimiento definitivo como poeta. Como un poeta que, utilizando las palabras del propio Sánchez Vázquez referidas a Antonio Machado, siguió siempre un postulado poético y moral: “ser fiel al tiempo, a su tiempo; no huir de él, sino sumergirse en sus vivas entrañas y hacer que la poesía —y la conducta— rezumen temporalidad, fidelidad al tiempo”.^[41]

Málaga, abril de 2005

[1] Existen contados precedentes del estudio de la faceta poética de Sánchez Vázquez. Además de su inclusión en antologías y su único libro de poemas, que se citarán más adelante, deben destacarse: Aurora de Albornoz, “Poesía de la España peregrina: crónica incompleta”, en *El exilio español de 1939*, vol. IV, ed. José Luis Abellán, Madrid, Taurus, 1977, pp. 11-108; Ramón Martínez Ocaranza, “En torno a la poesía de Adolfo Sánchez Vázquez”, revista *Universidad Michoacana*, Morelia, Mich., 1942; Manuel Aznar Soler, “Adolfo Sánchez Vázquez, poeta y crítico literario”, en *Adolfo Sánchez Vázquez, recuerdos y reflexiones del exilio*, Barcelona, GEXEL, 1997, pp. 5-28.

[2] *Adolfo Sánchez Vázquez: Los trabajos y los días (Semblanzas y entrevistas)*, ed. Federico Álvarez, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1995. En *torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez*, ed. Gabriel Vargas Lozano, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1995.

[3] *Octubre. Escritores y artistas revolucionarios*, núm. 3 (agosto-septiembre de 1933, p. 26), consultado en la edición facsímil: Madrid / Vaduz, Topos Verlag / Ed. Turner, 1977, p. 82.

[4] Enrique Montero, “*Octubre*: revelación de una revista mítica”, prólogo a la reedición facsimilar citada, p. xvi.

[5] *Ibid.*, p. xvii. Se refiere al discurso de Rafael Alberti en el I Congreso de Artistas Soviéticos.

[6] Adolfo Sánchez Vázquez, “Vida y filosofía (post-scriptum político-filosófico a ‘Mi obra filosófica’ (1985))”, *Anthropos*, núm. 52, agosto de 1985, p. 10. Texto incluido en Adolfo Sánchez Vázquez, *A tiempo y destiempo* (antología de ensayos), México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

[7] *Sur. Revista de orientación intelectual*. Se publicaron en Málaga dos números en los meses de diciembre

de 1935 y enero-febrero de 1936. Edición facsimilar. Introducción de María Dolores Gutiérrez Navas, Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1994.

[8] *Sur*, núm. 1, diciembre de 1935, p. 12.

[9] Manuel Aznar Soler, *op. cit.*, pp. 6-7.

[10] *El pulso ardiendo*, Morelia (Michoacán, México), Editorial Voces, 1942, 35 pp. Existen las siguientes ediciones: *El pulso ardiendo*, Madrid, Molinos de Agua, 1980, 53 pp. (con prólogo de Aurora de Albornoz); reproducido en *El Centavo*, vol. XIV, núm. 142, Morelia, Michoacán, octubre-noviembre de 1989. Reeditado en noviembre de 2002; *El pulso ardiendo* (edición facsimilar), Málaga, Diputación Provincial, 2004 (con estudio introductorio de María Dolores Gutiérrez Navas).

[11] Adolfo Sánchez Vázquez, *op. cit.*, *Anthropos*, p. 10.

[12] Adolfo Sánchez Vázquez, palabras en la presentación de la edición facsimilar de *Sur* (Málaga, 6 de octubre de 1994).

[13] Aurora de Albornoz, “Prólogo”, en Adolfo Sánchez Vázquez, *El pulso ardiendo*, Molinos de Agua, Madrid, 1980, pp. 7-12.

[14] Carlos Blanco Aguinaga, *Emilio Prados: vida y obra*, Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1999, 239 pp.

[15] Carlos Blanco Aguinaga, *op. cit.*, pp. 143-144.

[16] Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira, *Emilio Prados: obras completas* (2 vols.), vol. II, Madrid, Visor Libros, 1999, p. 798.

[17] Manuel Aznar Soler, *op. cit.*, p. 20.

[18] Ángel Caffarena Such, *Antología de la poesía malagueña contemporánea*, Málaga, Ed. El Guadalhorce, 1960, pp. 168 y 172.

[19] Pablo Neruda, *Residencia en la tierra*, ed. Hernán Loyola, Madrid, Cátedra, 2003, pp. 25 y 63.

[20] Antonio Nadal, *Guerra Civil en Málaga*, Málaga, Arguval, 1984, pp. 92-93.

[21] Emilio Prados, “Los amos no duermen”, *Sur*, núm. 2, enero-febrero de 1936, pp. 10-11.

[22] Ramón Martínez Ocaranza, *op. cit.*, pp. 19-24.

[23] Alfonso Sánchez Rodríguez, “1930: Salvador Dalí en Torremolinos”, en Gabriele Morelli, *Treinta años de vanguardia española*, Sevilla, El Carro de la Nieve, 1991, pp. 193-204.

[24] Francisco Chica, bibliografía en *Emilio Prados 1899-1962*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1999, pp. 62-66.

[25] Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira, *op. cit.*, vol. I, pp. 41-42.

[26] *Romancero general de la guerra de España*, Madrid-Valencia, Ediciones Españolas, 1937.

[27] Enrique Lister, *Memorias de un luchador*, vol. I: *Los primeros combates*, Madrid, G. del Toro, 1977.

[28] *Romancero general...* (cito por su reedición facsimilar: Milán, Feltrinelli, 1966, pp. 140-141, 142-143, 144-145 y 145-146, respectivamente).

[29] Adolfo Sánchez Vázquez, “Emilio Prados en los años de la República y la Guerra Civil”, en *Emilio Prados 1899-1962*, Madrid, Ediciones de la Residencia de Estudiantes, enero de 2000, p. 151.

[30] *Octubre*, Málaga, núm. 6 (5 de septiembre de 1936), p. 8.

[31] *Octubre*, Málaga, núm. 6 (5 de septiembre de 1936), p. 3.

[32] Adolfo Sánchez Vázquez, “Málaga, ciudad sacrificada”, *Hora de España*, núm. 3, marzo de 1937, pp. 45-48. Edición facsimilar: Barcelona, Topos Verlag y Laia, 1977, vol. I, pp. 205-208.

[33] *Acero*, Frente del Este, 19 de julio de 1938.

[34] Este poema fue recogido por José Luis Cano en *Antología de poetas andaluces contemporáneos*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952, pp. 409-410.

[35] La evocación de este mítico viaje se recoge en el libro de Adolfo Sánchez Vázquez *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*, México, Grijalbo, 1991, 105 pp.

[36] Junta de Cultura Española, núm. 6, México, 15 de julio de 1940. También en *Poetas libres de la España peregrina en América*, ed. de Horacio J. Becco y Osvaldo Svanascini, Buenos Aires, Ollontay, 1947, pp. 177-180.

[37] Adolfo Sánchez Vázquez, “Mi trato con la poesía en el exilio”, ponencia presentada en el Coloquio Internacional sobre “Los poetas del exilio español en México” que se celebró en El Colegio de México (24-28 de mayo de 1993). Publicada en *Poesía y exilio: Los poetas del exilio español en México*, ed. Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender, México, El Colegio de México, 1995, pp. 407-414. Recogida también en Adolfo Sánchez Vázquez, *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Barcelona, GEXEL, 1997, pp. 142-149, y en Adolfo Sánchez Vázquez, *A tiempo y destiempo*, México, FCE, 2003, pp. 280-289.

[38] José Luis Cano, *op. cit.*, y Ángel Caffarena, *op. cit.*

[39] Ángel Caffarena, *op. cit.*

[40] Octavio Paz, “México y los poetas del exilio español”, en: Octavio Paz, *Obras completas*, vol. II, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, p. 1079. [Hay edición en el FCE.]

[41] Adolfo Sánchez Vázquez, “Humanismo y visión de España en Antonio Machado”, en *A tiempo y destiempo*, México, FCE, 2003, p. 141.

I

Poesía en vela

(1933-1936)

ROMANCE DE LA LEY DE FUGAS

EL SOL se enreda en las cumbres
de la tarde agonizante.
la luz se quiebra rojiza
en los trigos y olivares.

Eran cinco los que iban
al agonizar la tarde.
Cinco obreros esposados
por el camino adelante.

Yo los vi
cuando moría la tarde.
Los civiles eran tres
y tres eran los fusiles,
tres los afilados sables.

Yo los vi cómo doblaban
por bajo unos encinares.
Iban cortando veredas.
No vieron ellos a nadie.

Yo los vi cómo les dieron
con los fusiles y sables,
en los hombros y las piernas
cuando intentaban pararse.

Abandonó el sol las cumbres,

los trigos, los olivares...
La luna se hundió escondiéndose
temblorosa bajo el aire.

Los civiles mientras tanto
retrasaban sus andares.
Yo los vi cómo se echaban
los fusiles a la cara...
... Yo los vi cómo apuntaban.

Un grito de muerte
cruzó por el aire.
¡Un grito rebelde!

¡Cómo temblaron los trigos!
¡Cómo temblaron los árboles!
¡Cómo temblaba la tierra
y los olivares!

Los cinco cuerpos cayeron
revolcándose en la sangre.
Yo los vi cómo cayeron
en la tarde agonizante.

Eran cinco los que iban
por el camino adelante.
Cinco cuerpos en la tierra
dejaron sobre su sangre.

(Málaga, julio de 1933)

SIEMPRE TU VOZ...

SIEMPRE tu voz
como un río de esperanzas.
Fuerte su eco
cuando el silencio acampa.
Mástil sonoro
cuando las gargantas callan.
Faro de luz
cuando naufraga la alegría
en un mar de tristezas.

Sólo vientos que desgajan
las ramas inocentes,
que secan las flores
y congelan el trigo.
Sólo puñados de arena
que tapan los oídos.
Sólo el vidrio que acecha
la mano de un niño.
Sólo el muladar que espera enterrar
a la rosa más pura
ante tu voz,
clara, firme, encendida,
permanecen impasibles,
como estatuas de sal,
mudos como piedras,
o escuchándola airados,
sólo, sólo
para maldecirla.

(Málaga, 1934)

NÚMERO

35 MILLONES de gritos que nunca conocieron el descanso
35 millones de manos que se pudren como planta muerta
millones y millones de llantos enterrados
al lado de una rosa
millones de lamentos sorprendidos en tumba encarcelada.

Un número de hombres sumergidos
en un mar de vinagre y peces congelados.
Un número de nervios y brazos desprendidos
por canales de sangre y agua enfurecida.
Millones de lamentos que nadan arrancados
frente a un mundo de huesos insepultos.

Un número de gritos levanta espadas ya difuntas.
Un número de manos derriba muros de injusticia.
Y es que sabe que sólo ya la muerte se duerme
para todos
y que para todos no crecen por igual la miseria
y los gritos.
Que hay un mundo de muertes y violetas degolladas
de espaldas desoladas y viento ensangrentado,
un mundo en el que el hambre despierta nuestras manos
y por vidrios y brasas engañado
entrega para siempre sus uñas transparentes.

¡Oh, número de sangre, de espuma y de lamento!
Un mundo de ceniza, carbón y muertas amapolas

volando te persigue.
¡Oh, número de sangre, de espuma y de lamento!
Te quiero sin lamento sin gritos ni llantos de escalera.
Te quiero sin lamento.
Que hay sangre y cárceles y suelo humedecido
y suicidios y espaldas congeladas y vientres sublevados.
Te quiero sin lamento y con sangre de espiga
que hay venas hinchadas y muros entreabiertos
presiones de estertores y ríos encadenados
mineros que agonizan y mueren muerto el aire
y gritos desgarrados de un cuerpo sobre el agua.

Te quiero sin lamento.
Te quiero en el incendio
mordiendo dormitorios y viejos candelabros
clavado tu madero con trigo y con arena.
Te quiero en los caminos de vidrio y voz sedienta
en noches derretidas por ansia interminable
cerrando ya la cárcel con tierra ensangrentada,
llevando por los aires el trigo y la amapola
a cuerpos perseguidos por nubes y puñales.

¡Oh, número de sangre y de lamento!
Los llantos enterrados y tumbas de otros días
despiertan los párpados caídos con odios no olvidados.

(Málaga, octubre de 1935)

ESTA VOZ QUE NOS CONVOCA

OIGO esta voz que nos convoca
por hondos precipicios de gangrena
mientras nadan los peces homicidas
y la espuma se vuelve cómplice del crimen.

Sólo el viento que se bebe esa espuma,
sólo aires que congelan los trigos,
sólo estepas que calcinan las plantas,
sólo nieblas que aniquilan los sueños,
sólo tumbas que impacientes esperan
no escuchan esa voz
que entre presagios de espanto
insistentemente nos convoca.

(Madrid, junio de 1936)

EL PULSO ARDIENDO

(1935-1936)

Estos poemas fueron escritos en España, ya en vigilante y dramática espera de la tragedia colectiva de mi patria. Al salir a la luz, los dedico al pueblo a quien debo el tesoro que más aprecio: una salida a la angustia y a la desesperanza.

Morelia, mayo de 1942

SOLEDAD ADENTRO

(SONETOS)

*Pulsos deshabitados: aquí tenéis
mi pulso ardiendo.*

I

SORDO rumor de mano transparente
que no quiere morir encarcelada,
porque sueña ser piedra levantada
contra un río de sangre indiferente.

¡Oh piel amarga, de mi mano ausente,
sudando fuego, destilando airada
esa huida de vena desolada
y el duro néctar que el dolor aliente!

Al sueño de tu cuerpo dolorido
riberas secas de piedad desnudas
como niegan tu luz, te ofrecen fuego.

Yo te ofrezco la muerte del gemido
y entre las verdes ramas que tú anudas
el dulce despertar de un tronco ciego.

II

¡OH, TRONCO adolescente, sin sabores,
navegante de nortes inflexibles,
prisionero de ramas impasibles,
lamiendo sangre y gangrenando flores!

Agua amarga desnuda tus dolores
hundidos entre escollos invisibles,
mientras nada en alientos imposibles
tu lengua moribunda y sin olores.

¡Oh, tronco, navegando sin ramales,
nacido del dolor —oscura suerte—
y empapado de enfermos ventanales!

¿Cómo olvidar tu pulso sin latido,
descendiendo del brazo de la muerte
cuando tengo yo el pulso bien mordido?

III

TU SOLEDAD empieza a estremecerme,
tu palpitar arando por la nieve
ese surco de muerte que se atreve
a sembrarte el silencio que te duerme

¿Dónde ronda el aliento que no enferme
esta sed de aire puro que te mueve?
¿Dónde la mano dura, mano leve,
que en fuego quiebra la mirada inerme?

Yo quiero sorprender en tu regazo
la muerte del silencio, en ti presente,
volviendo a alzarte como trueno erguido.

Sin pena, sin temblor, armado el brazo,
te espero yo encontrar convaleciente
mientras huye el silencio ya vencido.

IV

COMPADEZCO tu sangre en la espesura
de ese césped de fuego donde duerme
tu pulso derrotado, pulso inerme
de tanto divisar la desventura.

Compadezco las luces de tu altura
cuyo tacto no puede oscurecerme
sin lograr en el aire endurecerme
para ser en tu angustia sangre pura.

Hoy tu pulso navega sin sentido,
prisionero de un cielo con ojeras,
mientras sigo clamando en tu desierto.

¿Qué dientes en el pulso te han mordido
que ignoras el latir de las palmeras?
Tu corazón responde como muerto.

V

ENTRE las ramas del dolor que anudo
solicita mi amor tu desconsuelo,
cuando niega una luz, en tu desvelo,
latidos breves a tu pulso mudo.

Sin pie dudoso al llamamiento acudo
para darle a tu aliento nuevo cielo.
Trillando angustia por tus eras velo
sin encontrar tu corazón desnudo.

¿Dónde una voz presente puedo hallarte,
disuelta en el consuelo de otra altura,
nieve en la nieve y en el fuego, fuego?

Ausente de tu luz, quiero encontrarte
en la ribera de mi fe segura
pisando débil, pero nunca ciego.

VI

SI TU aliento se queda refrenando
un corazón caliente a la deriva
y tu mano ya es piedra fugitiva
de tanto endurecerse navegando;

si tu aliento agoniza desatando
las duras ubres de tu voz cautiva
y quieres tu mirada siempre viva
cuando un amargo crimen va flotando;

si un oscuro relincho no perdona
tu triste batallar con la gangrena
y de agudas cadenas te corona,

¿qué esperas para ser ya tronco ardiente
del brazo de la sombra y la azucena,
tronco de vida por el mar doliente?

VII

¡OH, CORAZÓN rodando sin esquinas
sobre blandas lagunas deshonradas,
buscando claridad en hondonadas
que sepultan las luces entre espinas!

¿Quién te esconde esa luz que tú adivinas
bajo trigos de espigas agostadas?
¿Por dónde van tus manos desveladas
si te niegan el sol cuando caminas?

¿Hacia dónde esa lumbre que se enciende
rondadora de un mar de soledades?
Pero mi duro pecho te defiende

y un tierno aletear en tu espesura
con rumbo a sumergidades claridades
levanta un nuevo sol por tu llanura.

VIII

NO QUIERO que derrames tu lamento
mientras haya una lengua encarcelada,
si no tienes tu mano derrotada
porque llueve en tu sangre fuego lento.

¡Que tus llantos naveguen sin acento
nafragando en la arena atormentada
para ser muro firme en la hondonada
donde crece esa herida que yo siento!

Caluroso a la nieve des tu mano,
al alto tronco cuyas ramas quiebran
cuando florece tu temor en vano.

¡Que tus brazos derrumben mordeduras
mientras hilos de luz juntos enhebran
amargos dedos por batallas duras!

IX

UN SOLO pensamiento me detiene,
al derribar tus llantos, implacable.
¡Pensamiento nadando perdurable
para que nadie su carrera frene!

Tu corazón cansado se detiene
dando tumbos a orillas de un pie estable,
del que pienso ser carne indispensable,
limpia la sangre que a tu pulso viene.

Si tu sangre se duerme en mis orillas
el fuego será el aire de tu altura
y mis manos las ramas del consuelo,

despertarán las venas amarillas
con el dulce color de su ventura
y tú despertarás al nuevo vuelo.

X

TU CORAZÓN regresa de la muerte
bebiéndose las rosas del consuelo,
tu corazón desnudo, bajo un cielo
que quiere deshelararte y encenderte.

Camino de la vida quiero verte,
llegando al nuevo mar, al nuevo suelo
que sostenga la espalda del desvelo
sin que pueda el dolor adormecerte.

Ebrio de luz prosigue tu carrera
buscando esas orillas sin cristales
donde olvides ya siempre desangrarte.

¿Qué puede detener tu primavera
si secastes las aguas desiguales
donde sueñan heridas con ahogarte?

MEMORIA DE UNA NOCHE DE OCTUBRE

Os ACUSA el espacio,
la tierra, el trigo y la agonía
y ese lento dolor que nace cada hora
y ese lento morir sin sangre y sin espina
y ese llanto de sombra encarcelada
y esa mano caída sobre tiernos carbones apagados.

Os acusa sin miedo
el temblor desprendido de ese sueño intranquilo
y esa espalda mordida por canes transparentes.

Os acusa en la noche
ese niño espantado que llama a vuestras puertas,
que grita encanecido buscando alguna estrella,
que bebe lentamente
esa espuma de sangre y ese crimen
esa cárcel que ata la muerte y la alegría.

Os acusan ahora
esos trenes vencidos
por un puente de sangre y escayola,
y esas manos tendidas,
y ese árbol caído que busca inútilmente
la tierna puñalada
y ese oscuro partir a la locura.

Os acusa ese llanto que suena todavía

y ese verde costado y ese látigo
y esos blandos canales de sangre enloquecida
y esa arena en los ojos
y esas sienes abiertas
y ese sol perseguido.

Os acusan sin miedo.

SONARÁN A SILENCIO

CONTRA un clavo ardiendo entre los dedos,
contra un sabor hundido por las venas de un muro,
contra esta agonía de trenes fatigados,
contra el estertor sin fin de moribunda escarcha
hay sombras por ruinas tenebrosas,
calderas donde arde la inocencia,
calcinados caminos para un río estrangulado,
empapados sollozos sobre espigas nocturnas.

Se deslizan como una catarata de lamentos neutrales
volcando en nuestra ausencia un reposo de ácidos
y se acercan temblando hacia nosotros
para golpear los labios de una cicatriz abierta.

Es inútil que huyamos olvidando
la ira de las manos de un niño abandonado.
Es inútil dormir junto a los muros
que alternan su firmeza con cabellos ardiendo.
Es inútil morir cortándose las manos
para perder el tacto de una garganta helada.
Es inútil huir entre carbones
para salvar la vida de un color deshonorado.
Es inútil hundirse entre toneles
para no beber la copa de agua ensangrentada.

Es inútil huir porque nos buscan
para hundir nuestros ojos en la arena.

Nos persiguen la hora de los sueños
para enterrar la huida con el alba.
Nos inundan la sangre de gusanos,
nos incendian la sangre con recuerdos
y nos hacen subir a unas ruinas
sobre un pedestal de lutos y de sangre.
Es inútil huir porque la huida
sólo encuentra tabernas desoladas
donde alza su copa nuestra muerte.
Es inútil huir sediento de escaleras
cuando sólo hay vitrinas de niños ateridos.

Un violento latir de bosques desdichados
devora tenazmente las inciertas salidas,
y un nuevo sabor de herencia acuchillada
levanta transparencias a un metal en reposo.

No huid que hay unas manos que aceleran su tacto,
que os llaman blandamente.
Somos nosotros con doloridos pies
los que llegamos a enfermas latitudes
entre meridianos de huesos perseguidos.

Una salud de almena moribunda,
una frialdad de llama amortajada,
un extravío de buques y de cuervos,
no podrán separar nuestras manos.

Sólo entonces,
duro enemigo de la muerte,
tanto derrumbe de dolor y sangre,
tanto incendio de párpados vencidos,
tanto oscuro naufragio de imanes desvelados,
tanta lenta presión de pisadas amargas,

tanta luna seca por alumbrar a un ciego
sonarán a silencio,
a huracanes vestidos como mujeres pálidas,
a incendio de maldad e injusticia.

ENTRADA A LA AGONÍA

1

¿QUIÉN apagó tu corazón temprano,
la luz de tus cabellos encendida
como un amanecer y amanecida
con la herida de muerte de tu mano?

¿Quién extiende esta niebla que, no en vano,
será fuego y bandera de mi vida?
¿Quién dio aliento a esa rama oscurecida,
tumba precoz de tu frescor lozano?

Si la muerte te cita apresurada
¿quién entrega un mensaje transparente
que te siembre de sangre la almohada?

Si el silencio desciende por tu frente
¿quién ignora la luz de esos cristales
que crecen en el aire ya inmortales?

2

TANTO crimen sacude mi desvelo,
harto de someterse a la espesura
de este cuerpo sujeto a la blancura,
de estos ojos sujetos por el hielo.
Tanta pena se arrima por mi cielo
que la nieve ya alcanza mi cintura
y mi lengua se va, lívida y pura,
a levantar el aire de su vuelo.

¿Seré piedra o rumor cuando ese viento
que deshoja la flor de mi alegría
me arrima este dolor por compañero?

¿Quién detendrá mi voz cuando ya siento
latir el corazón de la agonía
dentro del corazón que yo más quiero?

3

UN CONTORNO desnudo me estremece,
vomitando en mis labios quemaduras
que aprisionan el muro que en mí crece.

Un ardiente cruzar de mordeduras
transparenta en mi sangre escalofríos
donde nacen erguidas amarguras.

Los pulsos se detienen ya vacíos.
Sólo encuentran riberas apagadas
ofreciendo sus árboles sombríos.

Cuando están nuestras vidas amarradas
no abandones mi voz en tus despojos
que ya avanzan penumbras desatadas.

¡Erizadme de olvidos y de abrojos
que no quiero escuchar otros sonidos
cuando asciende ese crimen por mis ojos!

¡Que me tapen con vidrio los oídos
que una verdad se acerca vencedora
bajo un cielo de amores abolidos!

Nuestro dolor ya tiene nueva aurora
que inundará de fango nuestro aliento
y de amargor la sed que nos devora.

Quisiera detener este lamento:

¡Me canso de ser ascua endurecida
cuando se apaga nuestro mismo viento!

(Málaga, 10 de junio de 1936)

ENTRE SER O NO SER

¡AMOR, amor! Desventurado y loco
acabo de matar mi primavera.
Lleno de sangre en esta sementera
persigo tu raíz, tu cielo invoco.

Ya todo fuego me parece poco
para encender mi pulso de madera.
Nieve por dentro soy porque por fuera
en nieve se convierte cuanto toco.

¡Amor, amor! Mi estrella desolada
quiere minar el mundo para verte.
Si te duele el color de mi llamada

no le duele a mi ser su propia muerte.
¡Antes morir sentándome en la nada
que acabar por no hallarte o por perderte!

ENTRADA A LA ESPERANZA

EL HURACÁN se acerca a nuestra mano
perezosa la luz de mi alegría.
Yo estoy de pie, clavado sobre un llano,
para igualar su muerte con la mía.

Una sed infinita me apresura
un temor impaciente en mis oídos.
Me persigue su oscura dentadura
y acuchillan mi espera sus latidos.

Ya conozco la piel de ese tormento
de morir esperando nueva aurora,
anclado sobre un mar de desaliento,
sin que apaguen la sed que me devora.

Yo no puedo esperar. Este silencio
huele a sangre y dolor sobre mis venas.
Sobre un campo inocente yo presencio
la muerte de inocentes azucenas.

Yo no puedo esperar, que ya los ríos
no conocen el mar que más venero.
Si unos ojos se clavan, ya vacíos,
ser ventana de luz es lo que quiero.

No me conformo, no, con una hoguera

cuando hay pulsos helados todavía:
¡un volcán siempre vivo! Y de bandera:
¡una llama lamiendo la agonía!

PROMESA

YO SÉ que hay un surco de zapatos nauseabundos
debajo de una sangre fatigada,
y hasta un sueño inseguro
que busca los refugios de una espalda muerta.

Yo sé que hay un sol escondido
que muerde ya de noche nuestras manos desnudas
y una tierra que seca las raíces
buscando enloquecida la sangre del rocío.

Yo sé de blandas espinas delirantes
que se duermen tranquilas por mis ojos
y de mudas campanas que ahora suenan
para ir engañando nuestro oído.

Yo sé que hay lentos caminos moribundos
y tiernas magnolias que mueren derrotadas
y ventanas que acogen nuestra muerte
y desvelos que buscan nuestra sangre.

Yo sé que vienen lentamente,
contra el rumbo del aire de mi olvido,
temporales de oscuros desvaríos
y bramidos de lenguas desgarradas.

Yo sé que nuestro viento está desnudo
y que su traje muerto se entierra en las esquinas.

Yo sé que nuestros labios se desangran
con el olor vertido en nuestros vasos.

Yo sé que todavía a tiernos caballos indefensos
quieren robar su crin y sus tranquilos ojos
para empujar los cuerpos desmayados
por el filo sangrante de una navaja abierta.

Yo he visto ya mis manos
y he visto otras manos sin sangre y sin muñecas,
y el crepúsculo herido,
y las grietas aún vivas de unos muslos sin dueño
y las mudas campanas que engañan los oídos.

Conozco ya muerta la inocencia,
sus barcos de senos engañados,
sus palomas tendidas por calambres
y esos lentos latidos que no ignoran
el cadáver perdido de una amarga tormenta.

Conozco ya sus ojos y su falsa ceguera,
su corazón helado en la amargura,
y este llanto hueco y esta voz inútil
por hondos precipicios de gangrena.

No quiero mirar hacia otras tierras
desde este mar doliente en que navego,
ni quiero orillas que me salven
cuando aún hay un nudo de heridas sobre el agua.

No habrá quien pueda separar ya mi sangre
de esta verdad caliente que no ignoro.
Ésta es la lucha y éste es el camino:
sólo tierras de trigos congelados,

sólo estepas de arena en los oídos,
sólo cielos de muerte por los ojos,
sólo pechos abiertos por el vidrio,
sólo tumbas de incendios apagados,
sólo mudas ventanas, cerradas para el sol,
y horizontes sin luz, sin tierra, ni agua,
sólo muros de sangre en los caminos
para este corazón que avanza presuroso
vencedor de la muerte, la derrota y la agonía.

ELEGÍA ASTURIANA

A un joven minero, muerto en octubre

TE BUSCO inútilmente, entre astillas moribundas
por túneles cansados de pólvora y de muerte.
Te busco, sin hallarte, por charcos olvidados,
¡marinero de un mar sin agua y sin orillas!

Te busco en otros mares, ya nadando sin manos
entre escollos de párpados helados,
por albercas de sangre que han bañado tus ojos
por despachos azules que han oído tus gritos.

Te busco por una pared pegada a nuestra carne
navegando entre soles moribundos,
para encontrar tan sólo tu estampa amaneciendo
amortajada en albas de agonía.

Y hoy recuerdo tu fiebre sin consuelo,
tu desprecio al desierto de estrangulados llantos
y tus ojos cubiertos de amapolas
y tus manos abriendo nuevas tumbas
donde enterrar las cenizas del último presidio.
Y recuerdo tu sangre regando los rosales,
tu corazón cautivo en una esquina
y tus sienes vencidas por un solo naufragio.

Y recuerdo el último descanso de tu mirada ardiente,
los minutos de muerte buscando los relojes,

la descarga incesante llamando en tus oídos
y de pronto tu cuerpo por un túnel
de silencios, secretos y soles anegados.

Después

¡cuántos lamentos desahuciados!
¡qué tumbas de miradas y de lenguas
ahora niegan tu muerte!
¡qué agrias voces, qué amargos ríos
acechan los corazones en ruinas!

Pero atrás esos lamentos y esas tumbas abiertas
y ese llamamiento escondido en los sótanos
y ese río de sangre que baja entre jazmines.
Sois vosotros,
vuestros odios encendidos,
vuestro cariño congelado,
andando de nuevo por su espalda
abriendo nuevos mares de muerte en sus oídos.

Oigo voces que te golpean ya muerto,
duros golpes para alzar tu sangre
como una bandera helada,
para volverla a alzar como una bandera viva.
Oigo pulsos helados que ahora queman,
oigo muslos heridos que ahora corren
sobre iglesias amortajadas,
sobre dinastías de ventanas taladas
sobre maniatadas hogueras.

Pero oigo también
desbordados cuchillos que persiguen
el llanto espeso de un hijo sin latido,
una madre enlutada viajando hacia tus labios

y una azada cayendo lentamente
entre voces que quieren tu derrota.

Yo te recuerdo siempre, camarada,
sobre un mapa de tiernos mineros fusilados,
sobre un cementerio de trigos y de soles,
en el incendio de las palomas cansadas,
en el derrumbamiento de los puentes heridos
y en los sótanos que albergan lamentos.

II

Poesía en guerra

(1936-1938)

PROCLAMA

¡CAMARADAS!

Las antenas de todo el mundo radian vuestro heroísmo
mientras los fusiles desclavan la bandera del hambre!

¡Adelante!

Contra el fascismo,

contra su vientre,

contra su sangre,

contra los que dejaron un fulgor de vidrio

en la mirada de nuestros hermanos presos,

contra los que abrieron un canal de fiebre en los oídos

cuando el paro acuchillaba vuestras sienas,

contra los que desvelaron la risa de vuestros hijos

hasta convertirla en gritos.

¡Adelante hacia Córdoba y Granada!

Que el fascismo cierra los ojos de nuestros camaradas

y ametralla para siempre sus pupilas

y en cada garganta levanta

un muro de voces torturadas.

¡Adelante!

Que los disparos cerquen los silencios

mientras los palacios vomitan el lujo por ventanas

turbias.

Que se despierten los cuerpos prisioneros

que la victoria acelera sus latidos.

¡Adelante, camaradas
que el hambre no dormirá por vuestras venas
ni el paro acuchillará vuestras sienes,
ni iluminará vuestros ojos la luz dolorosa de la comisaría!

¡Adelante!
Que el fascismo se esconde en su agonía
tras un muro de pulsos derrotados,
mientras entre nosotros crece la nueva vida.

(Málaga, julio de 1936)

EL FUGITIVO

¡SIERRA CARBONERA, escucha
los secretos de mi cuerpo
que para contarte a solas
aún tengo bastante aliento!

Corrientes de sangre mojan
las orillas de mis nervios.
Sedientos mis centinelas
beben las aguas del miedo.
¡Sierra Carbonera, dime
si entre los tuyos me cuento,
que el Guadalquivir me manda
telegramas en silencio
donde cuenta que me busca
todo un mar de pulsos fieros!
¡Sierra Carbonera, pronto
ven a salir a mi encuentro!
¡Que tu carbón pronto tizne
las ventanas de mi sueño!

Tejas de sangre me cubren
por donde busco algún techo.
Si me traicionan los montes
que me guardan en sus pechos,
¿dónde iré con esta herida
que se clava carne adentro,
yo perseguido de noche
por no ser sangre de cieno?

Falangistas que se orientan
por un corazón de hielo,
consultan verbos airados
y maldiciones sin cuento.
¡Sierra Carbonera, pronto
ven a salir a mi encuentro,
que la muerte disfrazada
me busca por cada techo!
El monte pone algodones
sobre mis pechos abiertos.
¿Por qué mojarme en un mar
del que no soy marinero?
¿Por qué me escondo en el monte
si nada malo yo he hecho?
Por defender la justicia
tengo una herida en el pecho,
¿quiénes vienen a buscarme
que aún mi pulso no es de hielo?
Las astillas del dolor
crujen ya por todo el cuerpo.
¡Que me lleven a la Sierra
donde se muere sin miedo!
Falangistas, requetés
Regulares y del Tercio
quieren que mi sangre viva
como vive un pulso muerto.
¡Adiós, Sierra Carbonera!
¡Voy a la lucha sin miedo!
¿Quiénes vienen a buscarme
que yo no temo el encuentro?

Primero que a mí me entierren
los que me roban el sueño
se despeñará la muerte
por las venas de otro cuerpo.

(Málaga, 1936)

ROMANCE DE MOROS

POR el golfo de la noche
navegan muertes secretas,
sordo rumor de gumías,
heridas de cuerpo en tierra.
Todo el olivar despierto
para no infundir sospechas,
mueve despacio las ramas
que van a todas las puertas.
De tanto estar malheridas
son como puertas de arena.
¡La embestida de la muerte
va a subir a las voletas!
¡Moros bebiendo tu sangre
desclavan todas las puertas!

Ya se acercan las gumías
llevando la sangre a tierra.
Brazos morenos levantan
en cada torre banderas
de muerte, por cada muslo
que se desangra o se entierra.
Por las esquinas gritando
las mujeres ya se alejan.
Pero los caballos gimen.
Se abren las cartucheras
y pronto corren pisando
los senos y las caderas.
¡Ay, Virgen, acude ahora

que los moros me atropellan!

La media luna se agranda
por cada crimen que cuenta
mientras que la cruz se esconde
para ocultar su vergüenza.
¡Ya pasó la morería
como una daga siniestra!
¡Se llevó todas las flores
que cercaban nuestras puertas!
Iban envueltas en sangre
que corría de las muñecas.
¡Se llevaron el azul
que venía de las estrellas,
y hasta a los brazos mordidos
les quitaron las pulseras!
Ríos de sangre vertieron
por cada pulso de piedra.
¡Malhaya los generales
que van derramando hogueras!
¡Aprended pronto sus nombres:
Franco, Mola, Cabanellas...!
Sembradores de semillas
que se pierden en la tierra,
donde frutos de agonía
cuando los cristianos sueñan.
¡Llegad, pronto, milicianos
a amortajarles las puertas!
¡que se pudra la semilla
que envenena nuestra tierra!

Ya pasó la morería.
¡Todos buscando sus huellas!
En la hoguera enfurecida
la media luna se quema.

(Málaga, 1936)

ROMANCE DE LA MUERTE DEL CAMARADA “METRALLA”

¡AY, CAMARADA Villodres,
legítimo camarada!
Ayer tarde se secaron
tus venas sobre Granada.
Todas las flores del campo
van pregonando tu hazaña.
Los vientos de Montefrío
clavan su dolor en Málaga.
¡Villodres murió en el frente
como muere un camarada!
Metralla era su cuerpo
y hoy sólo es mármol, “Metralla”.

Golpes de muerte resuenan
sobre el corazón del trigo.
Huele a sangre que se acerca
como se acerca un cuchillo.
¿Quién se acerca? ¿Quién espera
enrojecer Montefrío,
con manchas de sangre viva
y cuerpos desfallecidos?
En la cárcel del silencio
se muere todo sonido.
¡Ya se sabe quién avanza
derramando enloquecido
espigas de trigo muerto
sobre los campos rojizos!

Un tren sediento de muertes
se acerca como un cuchillo,
que se afila contra el aire
rondador de Montefrío.

Los vientos rasgan de pronto
los oídos sorprendidos.
¿Quién detiene ese horizonte
de muerte por los oídos?
¡Si no se detiene ahora
amaneceremos fríos?
El tren avanza a lo lejos
sobre los campos dormidos.
Todas las flores temblando
buscan de pronto un abrigo.
¿Quién hará que se detenga
el dolor sobre el camino?
“Metralla” ofrece caliente
su juramento encendido:
¡Tren fascista que se acerque
será humo ennegrecido!

En las barandas del aire
se apoyan los corazones,
mientras la cólera cruje
por los recodos del monte.
¡Humo es el tren, camaradas,
como prometió Villodres!
¡Humo de odio que muere
y ennegrece los balcones
donde se asoma la sangre
que corre de los traidores!
Los vientos vienen buscando
las pisadas de Villodres.
¿Dónde resuena su aliento,

roto el arco de sus voces?
No llámadle, que no escucha,
¡él murió como los hombres!

(Málaga, 1936)

ROMANCE DE LA DEFENSA DE MÁLAGA

MÁLAGA, tu corazón
tiene fronteras de hielo,
que apagarán tus latidos
si no despiertas a tiempo.
Cuchillos que se quebraron
en Madrid frente a un gran pueblo,
quieren clavarte la muerte
cuando te cerca ya el sueño.
¡Málaga, la angustia rueda
alrededor de tu cuerpo!
¡Levanta pronto tu pulso
si no quieres verlo muerto!

¡Málaga, responde ahora,
que si tu voz no la encuentro,
la España que sangra y muere
desde tu arena hasta Oviedo,
te acusará por ser mármol
cuando la lucha está ardiendo!
¡Despierta, pronto, que quieren
que estrangulada en un cerco,
el mar se cubra de rojo
con la sangre de tu cuerpo!

¡Despierta, pronto, que viene
una muralla de fuego

desde Estepota a Marbella
para ennegrecer tu suelo,
quemándote las entrañas
con toda la muerte dentro!

¡Vamos todos a la lucha,
con palas, picos y acero,
que por las costas avanzan
para cortarte los pechos!
¡Vamos, Málaga la Roja,
a estrangularlos sin miedo!
Más firmes que las espigas,
aunque la nieve pisemos,
más despiertos que los ríos
que no conocen el sueño,
más duros que el duro mármol,
más calientes, más sedientos,
¡en pie, todos! ¡preparemos
una barrera de pechos!
Nadie duerma, que el fascismo
no duerme, que está despierto.
Que se levanten ardientes
todos los pulsos de hielo.
Que cada garganta fría
sea un surtidor de fuego.

Que cada brazo caído
sea un muro en movimiento.
¡Málaga, despierta ahora!
¡Que vibre tu pulso a tiempo!
¡Nadie duerma, que la muerte
está rondando tu cuerpo!

(Málaga, 3 de febrero de 1937)

AL HÉROE CAÍDO

TU CORAZÓN caliente, derribado,
levanta un estandarte en la mañana
por la pendiente del dolor cruzado.

Contra el rumbo del aire, se devana
gran madeja de muerte en tu cintura
enredada de sangre en tu ventana.

Entre nieblas de pólvora, va oscura
la mano que te lleva hacia estaciones
que clavarán la muerte en tu espesura.

¡Camaradas, de esbeltos corazones,
vedle, muerto, caído, prisionero,
del ataque de mudos tiburones!

¡Vedle, pronto, vosotros, marinero,
aviador, tanquista, combatiente,
navegando sin vida, sin remero!

¡Que se aparten las manos de su frente,
que en pañuelos de sangre, no vencida,
van bordando un gemido transparente!

De pie, junto a su mano descendida,
firmes estamos, el fusil al brazo,
muro ardiente sobre la pena erguida.

(Frente de Teruel, diciembre de 1937)

MILICIANO MUERTO

MORTAL contradicción, nudo implacable:
la vida por la muerte se sostiene.
No mures tú, semilla que retiene
el árbol de la sangre perdurable.

Tu cuerpo se nos muestra vulnerable
por la delgada piel que lo contiene
y el corazón, de pronto, se detiene
al faltarle la sangre inevitable.

Tus humanas paredes se desploman
y una mano rabiosa en tu costado
te borra ya la linde de la vida.

Pero otras vidas con tu muerte asoman
y el toro, con tu muerte encarcelado,
nuevamente recobra la salida.

(Frente del Ebro, octubre de 1938)

TRES CANCIONES DEL EBRO

1

LA ORILLA desierta enfrente
y yo en los cañaverales.
El agua muda esperando
a que el batallón la pase.

Detrás de las aguas quietas
ardiendo corre mi sangre.
¡Altas sierras que relucen,
esperadme!

2

Atrás dejé la otra orilla.
¡Parece que voy volando!
El Ebro nos tiene envidia.
Se queda como llorando.

Cañaverales ardientes
y un cielo de tiros altos
nos saludan al llegar.
¡Pero yo también los paso!

3

Salí de noche con fiebre,
y al atardecer, ¡curado!
¡Qué buen aire el de Pandols
ahora que lo estoy probando!

¡Cómo relucen
cuando pisan sus picos
nuestros soldados!

Seré como piedra firme,
más duro que el duro mármol.
¡Vengan tormentas de fuego,
que en esta sierra os aguardo!

(Frente del Ebro, diciembre de 1938)

GUERRILLERO EN LA NOCHE

CUANDO a la muerte tiendes tu celada
con toda tu pasión, fuerte y sonora,
y eres el cuerpo de la humana aurora
en la noche del hombre derramada;

cuando en la flor transida no adivinas
más que el cauce mortal de tu existencia
y eres la vida misma, su presencia,
la norma de la luz donde caminas,

arde el ciprés al roce de tu mano
y su rama más débil se sustenta
teniendo tu pasión por alimento.

Los campos toman tu color humano;
el agua su tristeza transparenta,
y hasta el aire ya tiene sentimiento.

(Barcelona, diciembre de 1938)

III

Poesía en exilio

(1940-1954)

ELEGÍA A UNA TARDE DE JULIO

I

DETRÁS de cada piedra verdinegra,
detrás de los arados solitarios,
detrás de los martillos más tenaces,
detrás de los bautizos y las bodas,
la verdad y el rumor entremezclados
se precipitan tenaces
como un río de crueles presagios,
de dolorosa lluvia de ácidos y llamas.
Ya es tarde para cerrar los ojos,
para la ilusión de un plácido verano,
tarde para atar los temores
con el cordel del sueño,
tarde para hundir la zozobra
en las aguas serenas del olvido.
Las madre selvas se alzan denunciando
la amenaza de un crepúsculo violeta;
las tiernas ramas de los viejos árboles
piden socorro contra el viento airado.

Y ahora ¿qué?
Tristes pétalos de prematuras rosas,
temblorosas corolas aturdidas,
blandos tallos de tréboles cansados,
sorprendidos zarzales junto al río,
aferraos a vuestras raíces,
no desprenderos de ellas

antes de que os arrase sin consuelo
el torrente de odio que se acerca.

Llega el momento de repudiar el silencio,
de competir con el fuego en la mañana fría,
de poner un dique al agua envenenada.
Llega el momento de tocar a rebato las campanas,
de alzarse iracundos los tranquilos arados,
de clamar, de gritar, de encrespase
para que los ciegos vean
y los sordos oigan.

II

Y ahora sí;
ahora que el silencio
ya no puede perdurar sobre el grito;
ahora que la muerte se pone un uniforme,
ávida de recoger su ansiada cosecha,
olvidad vuestras dudas,
vuestrós pasos inciertos.
De las tinieblas más viejas de la historia
va a nacer un río de sangre
que arrasará los campos y jardines,
soberbias torres y humildes monumentos,
altivos árboles y pobres matorrales.

Todas las lágrimas del mundo,
todo el odio que empuja
a las fieras dentelladas
va a reunirse de pronto
en esta tersa piel de toro.
Gritad, llamad,
hombres del campo y las ciudades

antes de que los prados se calcinen
y las casas se desplomen en llamas.
Pronto, pronto,
antes de que el huracán del odio
derribe en las ciudades
las primeras paredes
y quiebre en el campo las primeras ramas
de los temblorosos árboles.

III

Y en las silenciosas calles
de las ciudades dormidas
donde el tiempo pasado se detiene
y se hermanan las cruces y los sables,
las mentiras se alargan,
se cierran los ojos,
se tapan los oídos
y un turbio remolino de aguas muertas
asciende por el aire.
Se apagan ya de noche los últimos faroles
y la verdad vencida y acosada
se refugia en los oscuros sótanos de las casas,
en las cañerías de las viejas calles.

IV

Si la verdad en muertes sucesivas
allí donde el tiempo se detiene
y al amor, la alegría y la ternura
se le cavan ya sus tempraneras tumbas;
si voces incansables ya vienen denunciando
esa turbia hermanada de la cruz y la espada
y hasta los ciegos pueden ver

los mapas de sangre
que en los cuarteles se levantan;
si ya hay ojos que en la lenta madrugada
clavan impacientes sus miradas
en el reloj que marcará la hora
del asalto a la vida,
del rejón de la muerte
y si un sueño se puebla de sanguinarias aves
de picos y garras insaciables;
si el tambor del crimen redobla tenazmente
y la planta del dolor ya está madura
para ofrecer su indeseable fruto,
¿quién detendrá esa orgía de sangre,
quién apagará el incendio de este bosque
de lutos, de penas y de llantos
que entre rezos y arengas,
ya está plantado?

V

Sólo tú,
puente de luz en la amargura,
a través de ese túnel y esa niebla
y al tacto matinal de los zarzales
recoges esta voz dispersa y derrotada,
esta verdad en trance de agonía
y llamas al combate venciendo soledades
y en círculos de vida descienes presuroso
a los ojos cerrados,
a las gargantas cerradas,
golpeando el desierto con esta letanía:
¡Que la muerte se acerca a la amapola!

¡No dormid!

¡Que los banqueros echan ceniza en nuestros sueños!

¡No dormid!

Los generales olvidan el color de la inocencia
y abren en los cuarteles un mapa de España
lleno de ríos de sangre, de valles de ceniza,
de ciudades donde llueven la muerte y las lágrimas;
para Madrid, para su cuello virgen
tejen guirnaldas de sangre.

¡No dormid!

Hacia el amor navegan los barcos silenciosos
cargados de odio eterno y almendras minerales

¡No dormid!

Hacia los verdes campos un millón de ataúdes
y hacia las calles inocentes
la inundación de las cloacas.

¡No dormid!

Para los brazos tiernos se inventan terribles quemaduras
para los niños tumbas y sólo tumbas.

Para los enamorados
copas de ceniza y sueños machacados,
para los jóvenes muchachos de cutis transparente
espejos que devuelven espantosa
la imagen de la muerte.

Para todos
la muerte, sólo la muerte
reina del mar, del campo y las ciudades.

VI

Llega julio
con su cosecha de espigas tenebrosas.

Llega julio
asesinando la luz en los trigales.

Llega julio
con un saco de sangre en su costado.

Llega julio
transportando la muerte a las heridas.
¡Llega julio!

VII

Millones de corazones inocentes
nadando van hacia la muerte.
Piélagos de rosas,
horizontes de trigo limpio,
aguas transparentes
se mancharán de sangre, de barro y de ceniza.
Las casas indefensas,
los tiernos dormitorios se encaminan
hacia un tremendo valle polvoriento;
las blandas manos de las madres,
las tiernas manos de los niños
desprendidas del cuerpo
se mojarán de un agua inesperada.
Millones de camisas enlutadas
esperan ya sus cuerpos.
Millones de metros de tierra viva
esperan ya las tumbas.
Y hay millones de brazos esperando
la inmensa embestida de la muerte,
vísceras silenciosas, nervios ardiendo
que esperan el último latido
y hospitales, algodones y lamentos,
millones de cabellos encendidos,
de cubos de sangre, de gusanos
y de platos de carne desgarrada.
Millones de seres con los ojos tapados,
con un inmenso pañuelo sobre sus ojos inocentes
andando
andando van hacia este precipicio.

VIII

¡Parad!
¡Ataos los pies a las duras rocas
y los puños cerradlos!
Pero los pies se mueven todavía.
¡Abrid sin desmayo los ojos
y ved a los que se esconden temblorosos
detrás de la cómplice arboleda!
¡Miradlos con desprecio y con pena!
¡Qué relámpago de luz,
qué tinieblas lentamente desgarradas!
Pero ya todo va rodando hacia la muerte;
ya están dispuestos los últimos ataúdes;
ya está la muerte mandando en los cuarteles
y engrasados los últimos fusiles;
ya están los ojos atados,
las manos atadas,
los cuerpos atados
y a sus pies, tendido sin confines,
el negro precipicio.

IX

Era julio.
Ardían el agua, la tierra y el aire.
También mi pulso estaba ardiendo.
Aún se escuchaban los cansinos presagios
y la triste letanía de sus palabras
golpeando los cansados oídos
y, de pronto, un nuevo ardor abrasa
ventanas y puertas, jardines y plazas,
y se enturbian las aguas de los ríos,
se encogen de dolor los ruiseñores

y un torrente de gritos, lamentos y blasfemias
fluye sin diques ni compuertas.
Los dedos del dolor crecen tanto
que ya tocan los altos campanarios.
Los ataúdes se miran sorprendidos
ante tanta demanda inesperada.
Hasta ellos cabalgan los negros corceles
que arrastran por las calles a los muertos.
Y se doblan desolados los rosales más bellos
y todos los claveles de julio
con este ardor del aire se marchitan.

X

¿Y ahora?
Excelentísimos ministros
levemente asombrados,
ligeramente sorprendidos,
confiados guardianes
de las leyes escritas,
de la palabra empeñada
y de los huecos juramentos,
no poneros más vendas en los ojos
ni más algodones en los oídos.
Desde los campos en llamas
y las ciudades lamidas por el fuego
se abre paso esta verdad desnuda:
nuestra tierra se ha vuelto una plaza de toros
donde se va a lidiar, se lidia ya,
este bravo toro de España.

Ya no hay presagios,
ni gritos ni lamentos
que detengan la lidia.

Desde este triste momento
y en este ruedo ibérico
tantas veces hollado,
sólo flores machacadas,
sólo espigas destrozadas,
sólo la nieve que ahoga
el ardor del verano,
sólo pirámides de huesos,
manchas de sangre
en las blancas paredes,
torrentes de llantos y de lágrimas
y ríos desbordados
entre ensangrentadas orillas.

XI

Venid, venid, abrid los ojos,
los que os habéis negado
a quitaros las vendas;
los que os ponías hielo en las manos
para no sentir la fiebre
de un pulso ardiendo.
Venid con vuestros ojos
ligeramente sorprendidos
y vuestras manos heladas.
¿Acaso no os sorprende
esta lidia feroz
de este toro de España,
con sus caños de sangre
y sus sesos saltando
contra las duras tablas?
¿Acaso no véis todavía
este río de dolor
que fluye incontenible
de la piel de este toro?

XII

Mi pulso estaba ardiendo
como el del toro en la plaza.
Mi voz se descargaba
de sus tiernos acentos
y mi cuerpo como una hiedra
se pegaba al muro
que tenazmente resistía.
Ya todo era un gigantesco ruedo,
un inmenso tapiz de ensangrentados hilos,
un redondel de arena
donde una lluvia de espadas cae
sobre un toro indomable
que embiste
como un Miura de fuego,
pero sangrando;
que corta el paño y el aire
como un cuchillo incansable,
pero sangrando;
que derriba furioso
las engañosas tablas,
pero sangrando;
y que abre en esta tarde oscura
una ventana de luz,
pero sangrando.

XIII

Mientras esta sangre corre desbordada,
preguntad, preguntad todos
hasta quedarse secas las gargantas,
preguntad
desde los campos convertidos en eriales,

desde las casas con sus vientres destripados,
desde los puentes partidos como débiles cañas,
preguntad:

¿Dónde están los culpables?
Y la pregunta no se queda en el aire.

Preguntan
los huérfanos que inesperadamente
multiplica la muerte,
las madres que el terror empuja
a los oscuros sótanos de las casas,
los niños que corren despavoridos
entre vallas de espanto
perdiendo en el camino
su carga de inocencia.
Preguntan, preguntan:
¿Dónde están los culpables?

XIV

¿Culpables? Sí, culpables
de esta orgía de sangre,
de este mar de lágrimas y llantos,
de este muro impasible
en el que se estrella la ternura
de esta red de mortajas y de lutos,
de este río de dolor y desventuras
que corre, desbordado, sin riberas
desde esta tarde de julio.

(México, D. F., 14-17 de febrero de 1940)

MATERNIDAD

*A Aurora,
esperando ser madre*

¡QUÉ mensaje de luz desde tu vientre!
¡Qué amanecer de vida por tus venas!
¡Qué invisible semilla se afana por crecer
y por darnos ya pronto su ansiado fruto!

¡Qué relámpago de vida se oculta todavía,
antes de inundar de luz nuestras pupilas,
antes de recortar el ruedo de las penas
y de abrir el toril de la alegría!

Viviendo ese futuro con que sueño
parece que un tierno y callado oleaje
golpea dulcemente mis mejillas
y que unas manos menudas, muy menudas,
ya acarician mis labios y mi frente.

En esos sueños
que por ti nacen y por ti mueren,
hasta el odio se vuelve su contrario:
arde la piedra fría bajo un sol generoso,
la noche oscura, oscurísima,
inesperadamente se ilumina,
en vez de espinas, una lluvia de flores,
se mellan, al cortar, los cuchillos
y hasta el árbol más seco reverdece.

Y, sin embargo,
fuera del territorio de los sueños,
en este duro bregar de cada día
cuando aún no llega este amanecer
que tu vientre promete,
pero ya cercano el resplandor que en él se incuba,
cuando allá en otras tierras
se desborda el río de la muerte,
con esta vida que traes al mundo
traes también un mensaje de luz
cargado de esperanzas.

¡Oh, madre ya cercana,
fuente de la vida
que tan ansiosamente espero!
Por ti,
la Aurora de tu nombre
nombra también una nueva aurora.
Por ti,
por tu humana semilla
en esta humana sementera,
me hincó de rodillas ante tu vientre
y levanto la copa de vino más hermosa
que un hombre ilusionado
puede llevar a sus labios.

(México D. F., 3 de marzo de 1942)

LA PALOMA DE PICASSO

TU DESTINO, paloma, se mecía dulcemente,
cuajada de inocencia todavía,
cuando Picasso te dio otras alas
para emprender con ellas un nuevo vuelo.
Hasta entonces,
el luto se perdía en tu blancura
e ignorabas el color de la tragedia.
Con tu vuelo volaba transparente
una carga de luz y de pureza.
Fatigados de muertes y de guerras
asombrados e incrédulos,
los hombres contemplaban tu vuelo
entre nubes tan blancas
como tus blancas alas.

Allá arriba,
tú, paloma inocente;
aquí abajo,
los hombres culpables
de sembrar la carroña,
de destruir los sueños,
de abrir las compuertas
de las presas del odio.
Aquí, abajo,
las sábanas ya tejidas
para cubrir a los muertos
de la próxima guerra.

Aquí las desesperadas madres,
maduras para el llanto,
esperando aterradas
que el árbol de la muerte
arroje sus primeros frutos.

Pero,
¿otra vez nuestra sangre
abonará los campos?;
¿otra vez con una semilla implacable
fructificará, sin desmayo, el crimen?;
¿otra vez un río de huesos descarnados,
despeñaderos de rígidos cuerpos,
océanos de ojos apagados,
vendavales de gritos desgarrados?
¡La guerra! Sí, la guerra.

No, no, pronto, pronto, frente a ella,
un mar de aguas iracundas,
montañas de brazos levantados,
muros de piedras sublevadas,
uñas, garras y puños
que salen a su encuentro.
Y tú también, paloma,
la tierna paloma de otros días
que ha perdido, aquí abajo, la inocencia
y que ahora ya sabe
que el dolor y la muerte,
la miseria y el hambre
—si no en el cielo—
en este mundo existen.

Que sabe ya
que el dolor se cosecha
porque unos hombres lo siembran.

Sabe ya
que las heridas se agrandan
si las lenguas enmudecen,
si los ojos se cierran
y las manos se ablandan,
que el luto de las madres crece
si crece el silencio de los hombres.

Y la paloma vuela bajo
casi rozando el suelo con sus alas,
casi fundida con el dolor humano.
¿Qué paloma es ésta
que convoca a los hombres,
en Moscú y Estocolmo,
en Rabat y Calcuta,
en La Habana y en México,
cuando el cielo se nubla
entre rayos que anuncian
una tempestad de acero,
nuevas cumbres de espanto,
nuevo calvario de los hombres
ya fatigados de muertes y de guerras.

¿Qué paloma es ésta que llama
a la vida contra la muerte,
a la memoria contra el olvido,
a la blancura contra el luto,
al grito frente al silencio cómplice,
a la insurrección de la palabra
contra la inercia del cuerpo?
¿Qué paloma es ésta?
Es la Paloma de la Paz,
la paloma que vuela esperanzada
desde el pincel de Picasso.

(México, D. F., abril de 1952)

AFIRMACIÓN DE AMOR

AMOR: tú me sostienes
como mástil intacto
en este duro bogar hacia otra orilla.
Todo mi ser es tuyo:
tú cimentas mi humana arquitectura
y articulas mis huesos y mis penas
hacia un arco gozoso del futuro.

Árbol humano soy
de tu eterna semilla;
ávido cauce
de tu sangre impalpable.
A veces, se me esconde tu rostro
cuando la niebla toca con sus amargos dedos
las colinas del alma.
A veces,
con el oscuro polvo del olvido
olvido tu voz, tus llamadas ardientes
y recorro los prados donde crecen
las yerbas amarillas de la ira,
las negras sementeras
donde germina el odio.
Pero pronto tus tierras se levantan,
una encendida pleamar me llena
y el corazón, en tierra,
como una flor temporalmente cortada,
recobra dulcemente sus raíces.

Esposa, madre, hermanos,
padre mío,
desnuda tierra mía,
hijos míos,
invisibles amigos en esta noche ciega,
ciudad marina de mis años lejanos,
llamas todas de mis fuegos interiores,
hacia vosotros fluye,
quemando las orillas,
este río de amor
con el caudal ardiente de sus aguas.
Hacia aquellos que destacan su cuerpo sencillo
para alzar, entre rayos vencidos,
los secretos brazos de la aurora,
va este amor que me quema,
como el latido inmenso de un corazón que ya rebasa
las viejas fronteras,
como un mar poderoso que en mis ojos
os muestra todas sus olas.

Amor,
lenguaje virginal de la pureza,
árbol total,
raíz sin fin de la hermosura,
dura roca en el duro sufrimiento,
de ti nace el dolor y la existencia,
de ti la redondez de un vientre puro.

De amor se vive,
y de amor se muere;
de amor, de tanto amar
la rosa de la vida
crecen también las espinas.

De amor, de tanto amor

—hermanos míos, patria mía—
se plantan alamedas de odio,
para que al fin se salve
el amor verdadero.

Amor,
viento eterno que agita sin descanso
la rama de los sueños;
sólo tú nos levantas y nos mueves
a derribar el odio,
que nace en tus orillas
y en tus orillas muere.
Contigo justifica la existencia
su ley más hermosa:
de ti nacemos
y en ti vivimos,
de amor muriendo
y por amor penando.

(México, D. F., septiembre de 1953)

A LEÓN FELIPE
(en su 70 cumpleaños)

DESDE el nivel del hombre
los españoles hablan.
Un día lo dijistes
apenas en el alba
del dolor que se hunde,
con la espada clavada,
por todos tus costados,
desventurada España.

Por eso, imprecaciones,
incendiadas palabras,
blasfemias, maldiciones,
abrasan tu garganta.

Los poetas que cantan
sólo el rizo del agua,
el bordar de la aguja
no los golpes del hacha,
si te miran de frente
los dobla tu mirada.
Para el furor humano:
¡las cuerdas destempladas!;
las que otros afinan
en tus manos estallan.

El odio tiene brazos

y con los brazos garras
que no sueltan su presa:
¡ese toro de España!
Pero, al verlo en el ruedo
—su sangre desbordada—
como una torre de amor
por el odio minada,
me pregunto en silencio
ante tantas infamias:
¿serán sólo delirios
de una de las Españas?
¿Y tu verso es tan sólo
una fuente de lágrimas,
un grito en el desierto,
una estéril llamada?

Busco entonces —lo palpo—
este cuerpo de España;
su dolor ha crecido
con tantas dentelladas.
La moneda del crimen
compra y vende en la plaza
nuevos prados de muerte,
sementeras trágicas.

Tendremos, sin embargo,
tocadores de flauta,
voceros del olvido,
de la desesperanza.
Pero habrá otras voces,
incendiadas gargantas
con tu canto clavado
en el hondón del alma.
El amor tendrá brazos,
la alegría sus alas,

la belleza su cuerpo,
la justicia sus ramas.
El légamo del odio
se quedará sin agua.

¡Oh, romero que llevas
en tus pasos la patria,
palpando con tus gritos
sus más hondas entrañas!
El español te escucha
esperando con ansia
tu palabra que llega
como llega una llama
desde el nivel hombre,
desde el nivel de España.

(Poema leído en el acto de homenaje a León Felipe el 11 de abril de 1954, en la ciudad de México, en el aniversario de su 70 natalicio.)

SONETOS DEL DESTIERRO

(1951-1952)

1

EL DESTERRADO

EL ÁRBOL más entero contra el viento
helo en tierra, deshecho, derribado.
Congregando su furia en un costado
el hacha lo dejó sin fundamento.

La torre que besaba el firmamento
—oh, sueño vertical petrificado—,
con todo su volumen desplomado
tan sólo de la muerte es monumento.

Y tú, desnudo y leve junco humano,
contra el viento amarillo del olvido,
contra todo rigor, estás erguido.

Torre humana o árbol sobrehumano,
contra el hacha, en el aire levantado,
sin raíz ni cimiento, desterrado.

2

TIERRA DE DOLOR

¿EN QUÉ región del aire, por qué mares
—oh latitud humana del tormento—
tuvo el crimen tan claro yacimiento
y la muerte más vivos hontanares?

¿En qué bosques las hachas seculares
gozaron de tan largo valimiento?
¿Dónde tuvo el dolor mejor cimiento?
¿Dónde el llanto tan pródigos lagares?

Labrador de la muerte que en mi tierra
sólo con sangre riegas los terrones
y con huesos abonas nuestro suelo,

¿qué esperas cosechar si nada aterra
a quien sabe encontrar a borbotones,
en el terrón más duro, su consuelo?

3

SENTENCIA

SI EL árbol de la sangre se secura
y el corazón, ya seco y sin latido,
fuera polvo total, norte abolido
que nadie en este mundo recordara;

si el alma sin soporte se quedara
y la tierra, materia del olvido,
de muertos se cubriera y lo podrido
en un bosque de heridas germinara;

si el crimen no tuviera más oficio
que escarbar en la tierra desolada
para dejar al mundo su simiente,

la dulce brisa, el leve precipicio
tornaríanse, al fin, en cuchillada
o en abismo mortal para tu frente.

4

RELOJ DEL ALMA

SI EL tiempo se quedara sin medida
porque todo reloj enmudeciera
y de pronto su huella se perdiera
y nadie la encontrara retenida;

si la imagen del tiempo en nuestra vida
quedara sin su efigie verdadera;
si en vano se buscara una frontera,
forma a la eternidad desconocida:

si el tiempo fuera como noche oscura,
eterna confusión, sima insondable,
el alma regiría lo abolido:

tomando por medida su ventura,
por cuadrante un dolor interminable
se mediría el tiempo desmedido.

EL POETA PREGUNTA

PISANDO estoy la arena movediza
porque vivo en la duda, en el tormento,
de buscar y no hallar un fundamento
a tanta sinrazón escurridiza.

Si en la noche una mano canaliza
un torrente de duro sufrimiento,
y una muerte y un solo pensamiento
siembra el crimen que torvo se desliza,

¿qué frenesí?, ¿qué sinrazón explica
la mortal trayectoria de estas uñas
dentro de nuestros propios corazones?,

¿qué delirio salvaje justifica
el odio que remata en estas cuñas
en lugar de buscar otras regiones?

6

NOSTALGIA

COMO río que pierde sus riberas
mi corazón invades. Yo te siento
en cuanto se repliega el pensamiento
hacia sus más recónditas laderas.

Quema tu paso, queman tus hogueras
y la razón se queda sin sustento.
El alma la modela el sentimiento
y se exaltan las viejas primaveras.

¡Oh ciega fuente de melancolías
que se lleva tan sólo nuestro olvido
y nos deja tan sólo la tristeza!

¡Cómo mueres en mí todos los días
y en tu niebla recobra su sentido
la España a la que vuelvo la cabeza!

YO SÉ ESPERAR

SI PARA hallar la paz en esta guerra,
he de enterrarlo todo en el olvido,
y arrancarme de cuajo mi sentido
y extirpar la raíz a que se aferra;

si para ver la luz de aquella tierra
y recobrar de pronto lo perdido,
he de olvidar el odio y lo sufrido
y cambiar la verdad por lo que yerra,

prefiero que el recuerdo me alimente,
conservar el sentido con paciencia
y no dar lo que busco por hallado,

que el pasado no pasa enteramente
y el que olvida su paso, su presencia,
desterrado no está, sino enterrado.

A UNO QUE VUELVE

POR capital te llevas tu gangrena,
por equipaje sólo la carcoma
que cuanto más la ocultas más asoma
con esa podredumbre que enajena.

Cargando con engaños tus sentidos
esperarás que el tiempo se detenga:
no habrá dolor que tu atención retenga
ni llanto que distraiga tus oídos.

Este afán de desvivir lo ya vivido,
de andar desandando lo ya andado,
de convertir la desazón en calma,

te hará vivir viviendo en el olvido
para encontrarte, antiguo desterrado,
desterrado de ti, fuera del alma.

DESTERRADO MUERTO

EN LA huesa ya has dado con tu empeño.
¡Cuánta furia se queda sin batalla!
Enmudece la sangre; el pecho calla
y tu dolor cabalga ya sin dueño.

La tierra es tu mansión; la sepultura,
el albergue final de la jornada.
Por testamento dejas tu pisada,
la dulce huella de tu mano pura.

El destierro no para con tu muerte
que, implacable, dilata tu destino,
bajo la misma tierra prolongado.

Tú no descansas, no, con esta suerte
de muerte enajenada; con el sino
de estar bajo la tierra desterrado.

MISERIA DE UNA POESÍA

POESÍA enfermiza sin más huella
que la escoria que dejas en el alma;
sólo entre odios tu dolor se calma
y sólo con la vida es tu querella.

Al declarar la guerra a la ternura
ni una tierna sonrisa te detiene;
sólo veneno tu metal contiene,
sólo la podredumbre en ti perdura.

Te reconozco así en ese recoveco
revuelto entre cenizas y gusanos
en este muladar de tu porfía.

Tu voz ya no es tu voz, sólo es un eco,
un rescoldo de fuegos inhumanos,
un cadáver que escribe todavía.

IMPASIBLE NATURALEZA

OTRA vez ciega y cruel Naturaleza
esparces por mi tierra tus verdores,
ofreciendo sin tregua nuevas flores
mientras la sangre tiñe la maleza.

Otra vez nos engaña tu belleza
al asomar por todos los alcores,
mientras por mis colinas interiores
ascienden el dolor y la tristeza.

A veces en mi sueño yo quisiera
que tus furias, tus aguas torrenciales
se sumaran gozosas a mi empeño.

Pero al hallar tan sólo tu ceguera
y, en lugar de las flores, los zarzales,
maldigo tu verdor y hasta mi sueño.

LA TIERRA QUE PISAMOS

CUANDO vivo el destierro, la mudanza
de ser en esta tierra un peregrino,
y el corazón incita en el camino
a encontrar una tregua en esta andanza;

cuando siento que el alma no descansa
aunque el cuerpo desdiga su destino,
y el andar se convierte en duro sino
cuyo norte es tan sólo la esperanza,

comprendo que mi vida está fundada
en no afirmar las plantas en el suelo
donde tengo la vida trasplantada.

¡Oh tierra que me ofreces tu consuelo!
Dejándome seguir mi derrotero,
más cerca estoy de ti, más prisionero.

SER UN RÍO DE AMOR QUE SE DERRAMA

SER un río de amor que se derrama
hasta inundar la tierra más distante
y alimentar su ausencia a cada instante
y en su fuego abrasarse cual retama.

Ser un tronco de vida que se inflama
aunque el metal más frío se levante,
y comprobar que un hacha agonizante
hace del corazón trágica rama.

Ser la mano que toca la belleza
y tener que apartarse de su lado
para ver las humanas cicatrices.

Ser un árbol de sangre y de pureza
y tener que vivir desarbolado
como un árbol que vive sin raíces.

AL DOLOR DEL DESTIERRO CONDENADOS

AL DOLOR del destierro condenados
—la raíz en la tierra que perdimos—
con el dolor humano nos medimos,
que no hay mejor medida, desterrados.

Los metales por años trabajados,
las espigas que puras recogimos,
el amor y hasta el odio que sentimos,
los medimos de nuevo, desbordados.

Medimos el dolor que precipita
al olvido la sangre innecesaria
y que afirma la vida en su cimiento.

Por él nuestra verdad se delimita
contra toda carroña originaria
y el destierro se torna fundamento.

EPÍLOGO

ADOLFO CASTAÑÓN

Cuando terminaron de tocar las doce campanadas que anunciaban el mediodía del 13 de junio de 1939, empezó a desembarcar en Veracruz, bajo un sol de justicia y una atmósfera tórrida y sofocante, la primera de varias expediciones de refugiados españoles que llegarían a México en busca de un asilo, atendiendo la invitación del entonces presidente, el general Lázaro Cárdenas. Entre los pasajeros del *Sinaia*[1] que iban descendiendo de la escalerilla en respetuoso orden, destacaba la figura esbelta y desgarrada de un joven de unos veinticuatro años que parecía mirar con aire distraído y a la vez penetrante a la multitud entusiasta y clamorosa que iba rodeando a los recién llegados. Junto con los poetas Pedro Garfias y Juan Rejano, y el periodista Antonio Zozaya, el recién desembarcado Adolfo Sánchez Vázquez era un poeta militante ya reconocido por sus pares y mayores como una inteligencia responsable y ávida de conocimiento, es decir de armonía comprometida y razonada. Sabía que formaba parte de una emigración singular —la de los refugiados españoles— con una particular conciencia política, moral y cultural de las razones y compromisos que lo llevaban al exilio. Si llegaban desterrados a un país —México— donde se hablaba *casi* el mismo idioma y en consecuencia algunos podían pensar que no eran del todo desterrados (y que a fuerza de buscar arraigo en el nuevo solar americano podían llegar a ser “trasterrados” para evocar la expresión que luego acuñaría José Gaos), esa primera oleada de refugiados venía con una aguda conciencia de sí mismos y de su deber tanto hacia la idea de España —por la que habían combatido y los llevaba al destierro— como a la realidad de México y América; esa oleada humana llegaba, para decirlo con una palabra, sostenida por un sentido colectivo y alzada a la luz comunitaria. Venían —como ellos mismos se lo iban diciendo a bordo del buque— “representando a España”, a la España viva de la República, conscientes de que ante los ojos invisibles de la historia en la nueva tierra hospitalaria, no sólo debían perseverar íntimamente en su lealtad republicana sino también abrir el puño airado a la esperanza. La tierra de la España nativa y originaria, la patria, se iba alejando —como exhaló el periodista don Antonio Zozaya cuando sus ochenta años vieron eclipsarse la masa continental en el horizonte, según cuenta el propio Adolfo Sánchez Vázquez—. Y será precisamente ese momento definitivo, sensitivo en más de un sentido, uno de los que interroga el poeta en sus versos del destierro, con acento a la par fluido y metálico. Otras facetas claroscuras exaltadas por la canción del poeta conciernen a la silueta y el perfil del desterrado, como es el caso del significativo poema dedicado a León Felipe, o, en otro extremo, el escrito sobre el anónimo

renunciante que regresa derrotado a la patria humillada, quedando así —dos veces muerto— desterrado de su destierro. Si la hora del desarraigo y la intemperie puede ser también la de una nueva fundación, no extrañará que el poeta que supo acompañar la violencia de la guerra con su palabra desvelada y clarividente, vanguardista y solidaria, supiera años después, ya en México, deponer las armas para abrir el seno de su palabra a la celebración del amor y de la paternidad.

La clara lección de la guerra —esa cruel madre y maestra— auspicia el aprendizaje de una nueva humildad originaria, de una inédita canción de la concordia que estará en la raíz de la nueva fundación. Si el filósofo Platón —él mismo poeta al fin y al cabo— aconseja en *La República* expulsar a los poetas de la ciudad, Adolfo Sánchez Vázquez, lector de Unamuno, emprende su itinerario filosófico encendido por un amor discreto, ya que no secreto, hacia el fuego del poema, pues que sabe oscura y no tan oscuramente que en la raíz del poema se cifra la raíz del hombre —para citar un título y un poema de Octavio Paz cuya voz corrió como un secreto a voces entre la joven literatura que afloraba en España unos cuantos años antes de la guerra—.

No deja de llamar la atención que en la biografía amistosa de Adolfo Sánchez Vázquez al parecer graviten más los poetas que los pensadores y filósofos, como si los filamentos de su sensibilidad estuviesen más dispuestos a recibir la lección de la experiencia a través de la voz lírica de Antonio Machado (recuérdese que Adolfo Sánchez Vázquez será el primero en leer el soneto que Antonio Machado le dedica a Lister), Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Juan Rejano o León Felipe, que la de pensadores como José Gaos —quien fuera su maestro—, Eugenio Ímaz, José Medina Echavarría o José Gallegos Rocafull. Tampoco deja de llamar la atención el tacto, la delicadeza de un poeta que prefiere soslayar la luz de su lírica —que prefiere *no* llamarse poeta y limitarse a hablar de su “trato con la poesía en el exilio”— para alimentar el oficio de su reflexión y, por último, cabe subrayar la probidad del pensador que, al final de su itinerario, alza a la luz y pone sobre la mesa los versos desterrados que están en la raíz de su nueva fundación filosófica y crítica, como si la presentación de la escritura poética fuese necesaria para recordar el símbolo de la escritura como símbolo de errancia y peregrinación.

Dentro de la parca y desgarrada obra poética de Adolfo Sánchez Vázquez, los poemas del destierro ocupan un sitio clave y representan una encrucijada significativa ya no sólo en el historial de su quehacer en verso, sino como una bisagra soterrada capaz de dar cuenta de la perseverante fidelidad del autor a un cierto modo de vida, a una gramática de la creación que atraviesa la poesía y confiere sentido al oficio del filosofar y de la reflexión. En esos poemas del destierro alienta la lealtad a una experiencia y la fidelidad a un lugar específico del canto. Con motivo de la entrega del premio María Zambrano, otorgado en Málaga por la Junta de Andalucía, Adolfo Sánchez Vázquez ha evocado el marco ético e histórico de esa lealtad alentadora de sus poemas:

Mi vida en Andalucía fue pues relativamente breve. Sin embargo, marcó toda mi larga vida hasta hoy, pues fue la realidad profunda andaluza la que generó los ideales de justicia, libertad, igualdad social y dignidad humana de la utopía socialista a la que pretendí siempre ser fiel tanto en el pensamiento como en la conducta.

Esta Andalucía profunda era la sufrida, injusta, desigual y salvajemente explotada de los campesinos que trabajaban —cuando trabajaban— de sol a sol por una peseta al día y que se alimentaban sólo con un plato de gazpacho, y era también la de los mineros que se dejaban todo aliento vital en la mina. Era la Andalucía que desahogaba sus penas en el “cante jondo” y que se liberaba de ellas en sus sevillanas y bulerías. Y frente a ella, asfixiándola, estaba la Andalucía jaranera, superficial, de los señoritos, latifundistas, marquesas y generales.[2]

Subrayemos en esta cita la conciencia aguda que tiene el autor de la convivencia de esas dos Españas, de esas dos Andalucías que han con-vivido y con-muerto tanto en el orden histórico como, más acá, palabra adentro, en el seno de la creación poética y filosófica del autor. “La dulce y agria Andalucía”[3] (que diría otro poeta de Málaga), con su tierra árida y sus campesinos y mineros explotados o desocupados, dejará en Adolfo Sánchez Vázquez más que una huella, una herida abierta en la piel del poeta que la ha sabido cantar así en la guerra como en el destierro. En los versos de Adolfo Sánchez Vázquez se dibuja, entrelineada, confiada casi en voz baja, esa música tierna e intacta del tiempo y la patria perdidas en la historia pero recuperadas en el ámbito de la palabra.

Pues si el poeta guarda en su seno la canción del idioma como un ascua viva es porque esa expresión abriga lo que le queda de patria, lo que de Andalucía y España corre aún por su voz y sus venas. Así en el “Reloj del alma” del poeta en el destierro, la única patria subsistente son esos sonetos, esos poemas que escribe y reescribe de memoria y que representan un refugio último, un espacio rítmico donde solazarse y revivir su cuerpo fragmentado. El desprecio hacia los desertores y el odio hacia los enemigos forman parte de la urdimbre de este abrigo hecho de palabras, de este lenguaje que se alza como casa del ser peregrino, como emblema de la escritura errante. El otro ingrediente que recorre los poemas es la razón de amor, la gramática de la ternura y la sintaxis de la reverencia que suscita en el poeta la figura de la amada encinta que representa en sí misma una puerta abierta al futuro, un puente esperanzado hacia el poema tácito del presente porvenir.

Prefiguración y presagio de la muerte y la esperanza individual y colectiva, la condición del desterrado resulta dos veces trágica pues que vive o se desvive en un filo donde la presencia del pasado acarrea como sombra la memoria viva del desgajamiento. Privado de su tierra y de su ciudad nativa, el desterrado, el ciudadano de una ciudad desaparecida, si no es que abolida, ha de inventarse una nueva ciudadanía que resultará tanto más exigente cuanto más fiel sea a esa conciencia de la pérdida y despojamiento que está en la raíz de la conciencia desterrada.

Paralela a esta conciencia, entrañada en ella, pulsa la de la extranjería, la de esa singularidad exógena o excéntrica que el desterrado va reconociendo como uno de los nuevos atributos de su voz. Aunque escritos en la misma lengua que decía el poeta *antes* de perder de vista —pero no de oído—, su tierra, los versos, sonetos y endecasílabos que va escribiendo en los primeros años de su destierro se alzan bajo un nuevo aire y una nueva luz. Ya no son los versos estremecidos y tartamudos de dolor escritos en el aire de la guerra —como en César Vallejo o Miguel Hernández—, son ahora las palabras que ensayan el sentido en el reconocimiento íntimo de lo que perdura y sobrevive: brotando

como un “agua ensimismada”, para decirlo con una frase de María Zambrano, sin saber a ciencia cierta cómo serán leídos *a posteriori* dichos versos que van encontrando a tientas, entre la noche rota de la historia, los fragmentos de un discurso amoroso, las letras dispersas de la esperanza. Los poemas escritos bajo el sol del destierro sobre la experiencia del exilio y sus protagonistas, tanto como los nuevos paisajes interiores que se abren al poeta, figuran una suerte de diario intermitente escrito ya con la conciencia de que ese idioma que los dice es y no es la lengua nativa peninsular. Acaso por ello se acendran los acentos y ecos de Góngora —el de las *Soledades*— y de Quevedo, de Rafael Alberti —*Sobre los ángeles* (1929-1930)—. La fidelidad a la tierra soñada y defendida hasta el destierro imprime una sosegada tensión en el fraseo, una furia quieta en la increpación del desertor que se destierra del destierro, una decantada y sobria entonación en la expresión del amor y la esperanza. Es la voz del que regresa a la imposibilidad del regreso, y desde esa conciencia, a la par crítica y secreta, se dispone a realizar una construcción. Esa conciencia es, no podía ser de otro modo, una conciencia de sentido.

Hay algo singular en el hecho de que un pensador reconocido por la congruencia y diversidad de su obra se resuelva a dar a la luz pública la obra poética que fraguó en sus años de juventud y primera madurez como un presagio o un preludeo de su actividad crítica y de su filosofar. La relación entre poesía y filosofía en el itinerario vital de Adolfo Sánchez Vázquez no es desde luego fortuita. Es conocida su amistad y trato con los poetas del exilio español, su desinteresada cercanía y simpatía con figuras como Emilio Prados, Manuel Altolaguirre o León Felipe. Y son éstas dos de las notas que cabe destacar en el trazo de esta mínima semblanza poética: la simpatía y el interesado desinterés (para aludir a Schiller y a sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*) no sólo hacia las personas sino ante todo hacia las obras poéticas y, más allá, hacia el fenómeno mismo de la creación de lo poético y lo artístico. Estas instancias irracionales e irreductibles ocupan en la obra de Adolfo Sánchez Vázquez un lugar preponderante y un sitio de fundación. Es en el poema y la obra de arte donde el filósofo reconoce el espacio originario de la comunidad humana pretérita y porvenir; el poema y la obra de arte como moradas de la utopía, como espacios de “salvación” espiritual y moral de la utopía socialista y de los valores políticos defendidos en el frente y en la trincheras. Pero ese reconocimiento no se hubiese podido dar sin el trabajo realizado desde dentro de la creación, en la experiencia y la expresión de la escritura poética. Huelga decir que a su vez la publicación de estos poemas realza con un destello de autenticidad y desinteresado compromiso el filosofar de Adolfo Sánchez Vázquez, sobre todo el que atiende o merodea la cuestión estética. Como si hubiese una penúltima cortesía del filósofo en este exponer el “pulso ardiente” de su oficio lírico.

La de los hombres es una raza parecida a la de los árboles y las plantas que desfallecen cuando se les arroja del solar en que originariamente echaron raíces. De ahí que uno de los castigos más antiguos que pueda sufrir un hombre sea el del destierro. El destierro priva al individuo de su entorno natural: el aire y el paisaje en que originalmente respiró,

la sociedad, la lengua en cuya memoria anida su identidad, pero sobre todo, el destierro destituye al individuo de su derecho a participar en la vida de la ciudad o país nativos y lo transforma en cierto modo en un menor de edad político pues que le arranca los derechos de opinión, decisión, asociación y participación que componen en más de un modo la mayoría de edad civil y política. No sólo languidece el desterrado de esa nostalgia por la tierra nativa perdida. El expatriamiento expone a la intemperie sus raíces más íntimas, esos hilos de la ciudadanía perdida o destituida en que se envuelve el pan comunitario. Al ser marginado, al ser apartado del centro civil, el desterrado no tiene voto ni puede con su voz participar formalmente en la vida política del lugar que lo acoge. Su voz se le adentra y entraña, y para apagarse ha de encauzarse en el murmullo del monólogo que a fuerza de rumiarse se va haciendo canción, poema.

A nadie como al desterrado le queda claro que la patria del hombre es el lenguaje, que lo único que le queda de la tierra perdida al peregrino son las sílabas de ese idioma nativo que lleva en su seno como un rescoldo de aquel hogar remoto y perdido. Tengan o no como asunto el destierro, los poemas del expatriado caen del árbol roto del desarraigo. Aunque como en México se habla el mismo idioma que en España, el poeta desterrado por la derrota de la república en la guerra civil, se ve llevado a descubrir que esa lengua que escribe y canta, que recuerda y recuerda para que no se extinga el fuego nativo, es y no es la misma que la que escribió y cantó mientras estaba en pie de guerra. La lengua parece haberse a la par endurecido y suavizado, parece haberse hecho más flexible y más rotunda; el castellano recordado de Málaga pero escrito en México no es ni puede ser similar al idioma de los señoritos andaluces, tampoco puede ser similar al de los campesinos pobres de aquella Andalucía estremecida por los vientos de la guerra que a Adolfo Sánchez Vázquez le tocó conocer, ni puede resultar asimilable a la de los poetas coterráneos que buscaron fuera de España a la España libre, para evocar una suya escrita con motivo del homenaje al filósofo Eduardo Nicol. Por más que pudiesen adivinarse o reconocerse acentos de poetas como Manuel Altolaguirre o Emilio Prados, cuya sensibilidad le resulta afín y cuya amistad cultivó Sánchez Vázquez, en sus versos, enunciados con lengua desgarrada y labios heridos, resuena acento inconfundible. Es la voz, a la par cabal y rota, íntegra y poderosa, del poeta que no ha perdido ni la esperanza ni el amor, ni el sentido del amor y la ironía última del mundo, a pesar de haber tocado con las manos la muerte multitudinaria, la sangre, el fuego de la guerra. Esa entereza amorosa, preñada de fe en el futuro, es la que informa estos poemas del destierro. Son poemas escritos a la luz de una experiencia decisiva y un cierto sentido final, pues que el poeta-filósofo después de ellos sabrá continuar su itinerario intelectual en el terreno de las ideas y del filosofar al precio de declinar en aras de la razón —a partir de 1953, año en que deja de escribir poesía— las voces poéticas y patéticas de la experiencia vital.

¿Por qué no siguió escribiendo poemas el poeta? ¿Acaso porque presentía que esa España libre y peregrina que se asentaba en América con los refugiados de la República precisaba de toda la energía y de todas las fuerzas del pensador comprometido críticamente en la utopía socialista? Dejo esta pregunta a medio esbozar sólo para acusar la dificultad del lector crítico que ensaya alcanzar de algún modo la figura única pero

compleja del poeta-filósofo que ha sido Adolfo Sánchez Vázquez. Quizá el puente entre ambos quehaceres —el pensamiento y la poesía— lo haya constituido la enseñanza, el aula donde la geometría intelectual y la de los sentimientos pueden articularse en una forma apasionada y comprensiva de transmisión de ambos saberes. Quizá por eso la figura intelectual de Adolfo Sánchez Vázquez gire axialmente alrededor de lo que George Steiner ha llamado la lección de los muertos.

En los reinos del ser pensado y cantado en México y España, la obra de Adolfo Sánchez Vázquez representa una incontestable constancia del renacimiento del agua clara del conocimiento humanístico entre nosotros.

11 de mayo de 2005

[1] *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles* (España), Fondo de Cultura Económica-Instituto Mexicano de Cooperación Internacional-Universidad de Alcalá, 1999, 165 pp.

[2] Armando G. Tejeda, “Adolfo Sánchez Vázquez recibió en Madrid el premio María Zambrano”, *La Jornada*, México, jueves 14 de abril de 2005, p. 5a.

[3] Juan Antonio Muñoz Rojas, “La dulce y agria Andalucía”, en *Ensayos anglo-andaluces*, Valencia, Pretextos, 1996.

PROCEDENCIA DE LOS POEMAS

“Romance de la ley de fugas” (con el seudónimo “Darin”), revista *Octubre* de los Escritores y Artistas Revolucionarios, núm. 3, Madrid, agosto-septiembre de 1933.

“Siempre tu voz”, inédito.

“Número”, *Sur. Revista de orientación intelectual*, núm. 1, Málaga, diciembre de 1935.

“Esta voz que nos convoca”, inédito.

El pulso ardiendo, Morelia, Michoacán, Ediciones Voces, 1942. Ediciones posteriores: Madrid, Molino de Agua, 1980 (prólogo de Aurora de Alornoz); texto íntegro en la revista *El Centavo*, vol. XIV, núm. 14, Morelia, Mich., octubre-noviembre de 1989; segunda edición, presentación de Alfonso Espitia Huerta, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, noviembre de 2002; edición facsimilar, prólogo de María Dolores Gutiérrez Nava y epílogo de Aurora de Albornoz, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 2004.

Los sonetos “Oh, tronco adolescente sin sabores”, “Tu soledad empieza a estremecerme” y “Oh, corazón rodando sin esquinas” fueron publicados con anterioridad en la revista *Taller* (dirigida por Octavio Paz), núm. 12, México, D. F., enero-febrero de 1941.

“Proclama”, diario *Octubre*, órgano de las Juventudes Socialistas Unificadas de Málaga, Málaga, 1936.

“El fugitivo”, romance incluido en el *Romancero general de la guerra de España*, Madrid-Valencia, 1937.

“Romance de moros”, en *Romancero general de la guerra de España*, ed. cit.

“Romance de la muerte del camarada ‘Metralla’”, *ibidem*.

“Romance de la defensa de Málaga”, *ibidem*.

“Al héroe caído”, *Acero*, órgano del Quinto Cuerpo del Ejército, Frente del Este, 19 de julio de 1938.

“Guerrillero en la noche”, en José Luis Cano, *Antología de poetas andaluces contemporáneos*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952.

“Miliciano muerto”, inédito.

“Elegía a una tarde de julio”, los fragmentos V, VI y VII fueron publicados en *España peregrina. Junta de Cultura Española*, núm. 6, México, D. F., 15 de julio de 1940. El resto del poema, inédito.

“Maternidad”, inédito.

“La paloma de Picasso”, inédito.

“Afirmación de amor”, en Ángel Caffarena Such, *Antología de la poesía malagueña contemporánea*, Málaga, Ediciones El Guadalorce, 1960.

“A León Felipe en su 70 cumpleaños”, inédito.

“Tierra de dolor”, soneto publicado con el título de “En qué región del aire, por qué mares”, en José Luis Cano, *Antología de poetas andaluces contemporáneos*, ed. cit.

“Sentencia”, en José Luis Cano, *Antología de poetas andaluces contemporáneos*, ed. cit.

“El desterrado”, soneto publicado con el título de “El árbol más entero contra el viento”, en Ángel Caffarena Such, *Antología de la poesía malagueña contemporánea*, ed. cit.

“Reloj del alma”, publicado con el título de “Si el tiempo se quedara sin medida”, en Ángel Caffarena, *op. y ed. citadas*.

“El poeta pregunta”, soneto citado y publicado en “Mi trato con la poesía en el exilio”, ponencia presentada por el autor en el Coloquio Internacional “Los poetas del exilio español en México” (El Colegio de México, México, D. F., 24-28 de marzo de 1993).

“Nostalgia”, en José Luis Cano, *Antología de poetas andaluces contemporáneos*, ed. cit.

“Yo sé esperar”, *ibidem*.

“A uno que vuelve”, inédito.

“Desterrado muerto”, publicado con el título de “En la huesa ya has dado con tu empeño”, en Ángel Caffarena Such, ed. cit.

“Miseria de una poesía”, inédito.

“Impasible Naturaleza”, nueva versión inédita del soneto “Primavera”, recogido en José Luis Cano, *Antología de poetas andaluces contemporáneos*, ed. cit.

“La tierra que pisamos”, soneto citado íntegramente en la ponencia titulada “Mi trato con la poesía en el exilio”, incluida en *A tiempo y destiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

“Ser un río de amor que se derrama”, en “Mi trato con la poesía en el exilio” (*A tiempo y destiempo*, ed. cit.).

“Al dolor del destierro condenados”, *ibidem*.

Identificado generalmente como filósofo, Adolfo Sánchez Vázquez es también un poeta al que le tocó vivir de manera intensa los años inciertos y convulsos de la República española que precedieron a la Guerra Civil, los de esa cruel contienda desatada contra la democracia republicana y los años del exilio en México. Su obra poética, recogida en este volumen, se divide en tres partes: “Poesía en vela”, “Poesía en guerra” y “Poesía en exilio”, y está marcada profundamente por los tiempos en que fue escrita. Con referencia a la “Poesía en exilio”, Adolfo Castañón dice en el Epílogo: “Tengan o no como asunto el destierro, los poemas del expatriado caen del árbol roto del desarraigo”. Con la recuperación de la obra poética completa de Adolfo Sánchez Vázquez, el Fondo de Cultura Económica y el Centro Cultural de la Generación del 27, de Málaga, España, ponen en circulación una pieza clave para la comprensión de tiempos y trabajos de un humanista pleno y honran la memoria de la panorámica cultural española exiliada y mexicana de la segunda mitad del siglo xx.

Adolfo Sánchez Vázquez nació en Algeciras, España, en 1915. Estudió filosofía y letras en la Universidad Central de Madrid. Durante la Guerra Civil dirigió el periódico *Ahora*, órgano de las Juventudes Socialistas Unificadas, e, incorporado al frente, participó en las batallas de Teruel y el Ebro. Exiliado en México se doctoró en filosofía en la UNAM, de la que es profesor emérito. Ha sido distinguido con la Gran Cruz de Alfonso X, el Sabio, por el Estado español; el Premio Universidad Nacional de Investigación en Humanidades; el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Historia, Filosofía y Ciencias Sociales, y, recientemente, el Premio María Zambrano de la Junta de Andalucía. En el Fondo de Cultura Económica ha publicado *Cuestiones estéticas y artísticas contemporáneas* (1996), *El mundo de la violencia* (comp., 1998), *Entre la realidad y la utopía* (1999) y *A tiempo y destiempo* (2003).

